HAY QUE VIVIR

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA
ESCRITA SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA AMERICANA

POR

LUIS DE OLIVE Y LAFUENTE

ESTRENADA EL 4 DE JULIO DE 1924
EN EL TEATRO POLIORAMA DE BARCELONA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Prado, 24.
1924

HAY QUE VIVIR

HAY QUE VIVIR

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA
ESCRITA SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA AMERICANA

POR

LUIS DE OLIVE Y LAFUENTE

ESTRENADA EL 4 DE JULIO DE 1924
EN EL TEATRO POLIORAMA DE BARCELONA



MADRID
IMP. DEL SUC. DE E. TEODORO
Glorieta de Santa María de la Cabeza, 1.
1924

REPARTO

OLIVIA COPPERFIELD........................	Sra. Muro.
ISABEL COPPERFIELD........................	Srta. Vilar.
SEÑORA BRADFORD...........................	Sra. Brú.
CORA BRADFORD.............................	Srta. Guijarro.
JACK CRANE................................	Sr. Calle.
TOMÁS BENET...............................	» Valdivieso.
SOLÓN BRADFORD............................	» Mora.
PABLO COPPERFIELD.........................	» Acebal.
CARLOS COPPERFIELD........................	» Suárez.
RODOLFO WEECK.............................	» Gallardo.

Lugar de acción: La casa de los Copperfield en Virginia.

Epoca actual.

A mitad del primer acto bajará el telón unos segundos para indicar que han pasado cuatro horas.

ACTO PRIMERO

Salón de casa de los Copperfield. Gran puerta al foro que comunica con otra habitación. A la izquierda gran puerta de cristales comunicando con el hall. A la derecha dos puertas y entre las dos, chimenea de campana con repisa. Los muebles son antiguos, pero cómodos y de corte elegante. Cuadros en las paredes, y sobre la repisa de la chimenea en un marco de metal el retrato de Olivia. Del centro de la habitación cuelga una lámpara también antigua. Dos retratos de 1840 de señora y caballero al óleo, colgados encima de la chimenea.

Al levantarse el telón Isabel, Carlos y Pablo están en escena. Isabel sentada al lado de la chimenea lee tranquilamente, habiendo colgado del respaldo de la butaca su sombrero. Los dos hermanos sentados á una mesa hacen cuentas.

PABLO. No sé qué tienen las cuentas de difícil, que no consigo nunca que me salga una.

CARLOS. Como que no te has dedicado nunca á practicarlas; no has hecho en toda tu vida más que escribir novelas...

ISABEL. (Sin dejar de leer.) Que dicho sea de paso están todas inéditas.

PABLO. (Se vuelve á ella y la mira un momento.) No recuerdo de ningún gran escritor que antes de ser conocido haya vendido sus obras á medida que las escribía. Cítame uno si le conoces.

ISABEL. No sé, pero dudo que ninguno las escribiera y se estuviera en su casa esperando á que vinieran á pedírselas; me supongo que se moverían, que harían relaciones, que tratarían gente que pudiera servirles. Ese es el único procedimiento para sacar producto al trabajo, y tú con esa manía que tienes de no ver á

nadie ni conocer á nadie... Pero mucho me equivoco ó vas á tener que empezar á conocer alguien más que á los individuos de tu familia. Por mejor decir, vamos.

CARLOS. (Yendo á Isabel y abrazándola.) Bueno, Isabel, tu carácter de hermana mayor no te da el derecho de sermonear. La situación por que atravesamos tal vez es pasajera.

ISABEL. (Le mira.) Parece mentira que digas eso después de haber oído á Olivia lo que decía hace un momento. No hay esperanza, esto se va, y nosotros seguimos la corriente. No, Carlos, no tengas esperanza, y lo peor no es que la casa se venga abajo, sino que ya se sabe fuera.

CARLOS. (Mirando sonriente los retratos de los abuelos.) Y hasta los abuelos parecen darse cuenta de la situación, nos miran más tristes que de ordinario. (A los retratos.) No hay remedio, tenéis que quedaros haciendo compañía al nuevo inquilino. Seréis los que velen por el nombre de la familia Copperfield.

PABLO. ¿Todavía tienes gana de broma?

CARLOS. No bromeo, lo que me pasa es que no me pongo tan sombrío como vosotros. ¿No tenemos dinero? Ya lo tendremos, sería vergonzoso que habiendo dos hombres hechos y derechos en la casa la dejásemos hundir. Entretanto y por el momento la situación está salvada gracias á Rodolfo.

ISABEL. A ese me refería cuando dije que nuestra situación era conocida de todos.

PABLO. No tiene nada de particular que Weeck estuviera al corriente de nuestros asuntos habiéndose criado con nosotros, viniendo á casa á diario y siendo tu prometido.

ISABEL. ¿Mi prometido, tú crees?

PABLO. Digo... me parece...

ISABEL. Ya verás lo que hace en cuanto se convenza

de nuestra verdadera situación, lo que todos.

CARLOS. (Dándole unos golpecitos cariñosos.) No digas eso, Isabel; ¿quién sino él nos proporciona el nuevo inquilino? Y ¡qué inquilino! Un millonario que no vacila en pagar por seis semanas 5.000 dólars, dinero que no servirá más que para que papá siga su peregrinación por Europa desde Wiesbaden á Marienbad y de Marienbad á Carlsbad, y si al menos mejorase...

ISABEL. ¿Qué quieres? Hay que vivir, como dice Olivia, los papás en Europa y nosotros en la casa solariega.

PABLO. (Pensativo.) ¡Y pensar que hace un año que se marcharon! ¡Un año la semana que viene! ¡Cómo pasa el tiempo!...

CARLOS. ¿Y decís que no se puede hipotecar la casa?

ISABEL. Ya tiene una y es bastante.

PABLO. Cuando la construyeron la cubrieron cuidadosamente con una hipoteca respetable antes de cubrirla con el tejado, y con esa fecundidad odiosa de los números que no entenderé nunca, fué creciendo y aumentándose hasta formar una familia que nos impide hoy en día obtener 100 dólars por ella.

ISABEL. Si papá no hubiera regañado con el tío Jefferson...

CARLOS. Sí que fué idea la suya ponerse á mal con la única persona de la familia que tiene fortuna... Pero ya es tarde para lamentaciones. (Saca el reloj.) ¿Esa Olivia qué hace?

ISABEL. Se está aviando. Tienes razón, ya tarda y tenemos que marcharnos, porque no me gustaría estar aquí á la llegada del inquilino, que dicho de paso debe ser un loco.

CARLOS. (Riendo.) Ya, ya...

PABLO. Puede que no; será un señor que no le importa pagar con tal de tener lo que desea. Esta gente del Sur es así. Viene la época de la caza, quiere cazar seis semanas y vivir como

en su casa; lo demás le tiene sin cuidado.

ISABEL. A mí lo único que me preocupa es la opinión de papá; ¿qué dirá cuando lo sepa?

CARLOS. Si no hay opinión que valga, la necesidad es ley.

ISABEL. Tú no pensabas así, ha sido Olivia la que te ha hecho mudar de modo de pensar.

CARLOS. No hablemos de Olivia, que tiene más sentido común que todos nosotros. En cuanto escuchó la proposición de Rodolfo vió en ella la salvación de todos y sin preocuparse del qué dirán, aceptó alegremente. (Entra Olivia por la izquierda.)

OLIVIA. Ya estoy... ¿Por qué no encendéis? ¿No encontráis la casa ya bien triste sin criados ni ruido para estar también á obscuras? (Enciende el botón que está al lado de la puerta por donde entró.) ¿De qué hablábais; siempre sobre el mismo tema?

CARLOS. Que se nos hace muy cuesta arriba dejar la casa en manos de un extraño. Isabel no cree que cuando los papás lo sepan les hará mucha gracia.

OLIVIA. (Mientras se abrocha los guantes.) La misma que á los napolitanos los terremotos, exactamente igual, pero como el Vesubio no les pide permiso para dar las clásicas sacudidas ni á nosotros tampoco para quedarnos sin dinero, ellos en cuanto se aperciben del menor movimiento echan á correr, lo mismo que nosotros. Bueno, no es el mismo caso, pero es igual, yo me entiendo. ¿Y qué esperamos?

PABLO. La llegada de Curley con los criados para utilizar el mismo coche que nos lleve á la estación. (Saca el reloj.) Seguramente llegaremos tarde á casa de tía Josefina.

ISABEL. (Guardando el libro en un saco de mano.) Esa es otra, los criados. El nuevo amo de la casa no quiere criados negros y hay que servirle domésti-

cos blancos, aunque resulten unos ladrones. Te digo Olivia que si me hiciérais caso... A mí si se quedaran los nuestros no me importaría marcharme, porque los conozco á todos desde chica y sé que son de entera confianza, pero dejarla en manos de cuatro individuos de Washington á los que no hemos visto en la vida...

CARLOS. Debe ser un capricho esa condición del contrato. No quiero negros á mi servicio. Sabe poco el yanqui que no esté convencido de que los mejores criados del mundo son los negros de Virginia.

OLIVIA. (Al abrir el bolso que lleva para sacar el pañuelo.) ¡Ah, qué memoria la mía! Debajo de la puerta de la cocina me he encontrado esta carta. Es de mamá.

PABLO. ¿Qué dice?

OLIVIA. Ahora veremos, no he tenido ni tiempo de abrirla. (La abre.) «Viena, 23 Octubre. Queridos hijos: Desde que llegamos á esta ciudad he querido escribiros, pero como soy sola para atender á vuestro padre, no he tenido tiempo material hasta ahora. Hoy puedo deciros que le han reconocido dos eminencias de aquí y no debo ocultaros que consideran el caso grave, pero no desesperado. Hablan de operar, mas antes quieren que esté unos quince días recobrando fuerzas. (Isabel vuelve la cabeza y se limpia una lágrima.) Ahora algo de negocios. Os incluyo cheque de 2.895 dólars para que Pablo lo remita en seguida á John Charles Washington, agente de la Compañía de Seguros de Nueva York, cuyas señas están en el cajón del centro de la mesa de papá. No os olvidéis de hacerlo en seguida para no quedar en descubierto, pues si las cosas marcharan mal, este seguro es lo único que nos quedaría para vivir y tratar de salir á flote.

Vuestro padre os envía todo su cariño, yo muchos abrazos y la seguridad de que en el momento oportuno recibiréis un cable con el resultado de la operación que quiera Dios sea satisfactorio. Dios os bendiga y os conserve bien á todos. Madre.» (Olivia se suena ruidosamente y se limpia los ojos, mira á Isabel que acaba de hacer lo propio y la abraza cariñosa.) Bueno, toma tu cheque y vé á tomar las señas del agente para enviarle mañana mismo. (Se lo da á Pablo que lo guarda y sale por el foro.) Y ahora os pregunto: ¿encontráis descabellada mi decisión de alquilar la casa?

ISABEL. (Abraza á Olivia.) Todo lo que tú haces está bien; si he protestado ha sido por la tristeza que me da salir de aquí.

OLIVIA. No te imaginarás que me marcho exuberante de alegría, pero no había más remedio. Ya verás qué bien vienen esos 5.000 dólars si operan á papá.

CARLOS. (Abraza á su hermana Olivia.) Eres el capitán del barco, pequeña; manda, que te obedeceremos sin replicar. (Saca el reloj.) Pero Curley no llega y tenemos que marcharnos. Ya veréis á la hora que llegamos á casa de la tía... (Timbre fuera.) ¿Quién vendrá? (Sale por la izquierda.)

OLIVIA. (Abrazando á Isabel.) Lo que hay que hacer en las situaciones difíciles es afrontarlas sin vacilación, pero sin desmayo, y luego... á la gracia de Dios. Esperemos en Él. (Se oyen voces fuera.) Deben ser los criados.

ISABEL. Me parece oír la voz de Rodolfo... También éste no sé para qué viene.

OLIVIA. ¡Qué tonterías dices! ¿Tú no te has preguntado nunca por qué hay pescadores de caña siendo más cómoda y productiva la pesca con red? (Negativa de Isabel.) Pues porque el de caña encuentra más diversión gozando de su tranquilidad. Eso le sucede á Rodolfo, podía ha-

berse enamorado de una de tantas muchachas ricas como hay entre sus conocimientos, no lo ha hecho y se ha enamorado de ti... sus razones tendrá. (A Rodolfo que entra con Carlos.) Estábamos esperando tan sólo su llegada con los criados para marcharnos, así es que le dejamos al cuidado de la casa hasta que llegue ese caballero.

RODOLFO. (Da la mano á las dos hermanas.) No tanta prisa, Olivia, esperen un momento á conocer las noticias que traigo, que no son del todo buenas. (Entra Pablo por el foro.)

PABLO. (Al darle la mano.) ¿No viene ya el inquilino?

RODOLFO. No se trata de eso. Los criados debían venir en el tren de las cinco, bajé á la estación de Washington y sólo se apearon dos personas, un tamborilero de Baltimore y un negro con una pierna de palo.

ISABEL. Te advierto que no estamos para bromas, Weeck.

RODOLFO. Me limito á citar hechos, Isabel, y te agradeceré que no me llames por el apellido, ya sabes que me molesta. Continúo. Iba á salir de la estación y el mozo del telégrafo me llama para entregarme un despacho de la Agencia. (Le saca)

ISABEL. (Con gran curiosidad.) ¿No vienen los criados?

RODOLFO. (Entrega el telegrama á Olivia que lo lee.) No, parece que han cambiado de modo de pensar según me participan.

OLIVIA. (Con el telegrama en la mano.) Dice que no hay quien quiera salir de Washington á servir.

PABLO. Este sí que es un compromiso con el que no contábamos.

ISABEL. Pero terrible... dejarnos en la estacada en el último momento...

CARLOS. ¡Y el señor Crane que está al llegar!

OLIVIA. (Apoyándose en la chimenea reflexiona.) Y se va á encontrar sin ningún criado.

ISABEL. No hay más que una cosa que hacer: llamar á nuestros criados negros, volverán y podrán servirle hasta que se encuentren otros.

RODOLFO. Te olvidas, Isabel, de que la única cláusula del contrato es que desea que la servidumbre no sea de color.

ISABEL. Pero no es falta nuestra, es caso de fuerza mayor. Le harás ver que se ha hecho todo por complacerle y no se ha podido.

PABLO. No insistas; el deseo ó por mejor decir la orden, puesto que en la carta consta terminantemente, es bien manifiesto, y recuerdo que dice que si sus deseos no fueran respetados no pasaría ni una noche en la finca.

ISABEL. ¿Y no habría medio de telegrafiarle que retrasara el viaje hasta que se le avisara?

RODOLFO. Si ya estará en camino, y parece ser que no solo.

CARLOS. (Con desesperación.) Entonces ya sabemos lo que va á ocurrir. En cuanto llegue anulará el contrato y volaron los 5.000 dólars gracias á esa gentuza.

RODOLFO. Yo lamento lo que sucede, pero ustedes comprenderán que he hecho todo lo posible y lo imposible por serles agradable. Además mi situación ante el cliente sería insostenible si no le expusiera el caso con toda lealtad. Es el primer asunto que tengo con el señor Crane que me ha sido recomendado por un compañero de New York, no tengo la menor confianza con él puesto que no le conozco...

OLIVIA. (Va á él y poniéndole una mano en el hombro.) Rodolfo, no siga usted, tiene usted razón, no hay nada que hacer, pero el caso nuestro es grave, porque ya habrá supuesto que si consentíamos en alquilar la casa, es porque estamos á punto de naufragar. (Rodolfo hace seña de que comprende.) Es... muy duro hablar de estas cosas, pero papá se encuentra lejos luchando

entre la vida y la muerte, vino usted providencialmente á ofrecernos 5.000 dólars que aceptamos para él, como comprenderá, y ahora... ahora se nos hace muy cuesta arriba desprendernos de ellos porque es la vida, la salvación de papá la que defendemos.

RODOLFO. Querida Olivia, yo no deseo más que una idea práctica que nos salve y cuente conmigo para hacérsela admitir al señor Crane. No dudarán del interés que tengo por servirles y más desde el momento que me honran con su completa confianza.

OLIVIA. (Mira á todos sus hermanos y una sonrisa se va dibujando en sus labios.) ¿Usted quiere una idea? (Asentimiento de Rodolfo.) Voy por ella. (Sale corriendo por el foro.)

ISABEL. (Nerviosa se pasea.) Con esta Olivia no hay medio de tratar una cuestión seriamente.

CARLOS. (Sentándose.) Espera, mujer, que ya sabes que con sus bromas es la que encuentra salida en los momentos más difíciles.

PABLO. ¡Cómo me pesa no ser un hombre de acción! Pero siempre metido en mi cuarto entre mis libros y papeles, se me ha enmohecido la voluntad. Lo cierto es que no sirvo para nada. (Se sienta con decaimiento.)

OLIVIA. (Con delantal y gorro de cocina en la puerta del foro.) ¿Quién dice en esta casa que no sirve para nada? (A Pablo.) ¿Tú? Ahora verás como sirves. ¡Hay que vivir!

ISABEL. Olivia, por Dios, déjate de bromas.

OLIVIA. Si no es broma. ¿No soy enteramente una cocinera?

CARLOS. ¿Pero qué tiene que ver...?

RODOLFO. Un momento, un momento, no es broma, su hermana ha encontrado un medio.

OLIVIA. (A Rodolfo.) ¿No eran cuatro los criados que había que proporcionar al señor Crane?

RODOLFO. Justo, cuatro. Mayordomo, ayuda de cámara,

criado para recados, limpiar la ropa, etc., cocinera y doncella.

OLIVIA. (Haciendo una gran reverencia y sonriendo.) Muy bien, pues los señores me dirán lo que desean para cenar. Tú, Carlos, desde este instante eres el de los recados y la ropa.

CARLOS. (Enojado.) ¿Yo qué...?

OLIVIA. Tú, Isabel, estarás monísima con tu cofia y un delantal de encaje.

PABLO. ¿Y yo voy á ser el mayordomo de mi propia casa?

OLIVIA. ¿Quién para cuidar mejor de ella? Y yo la cocinera.

ISABEL. (Volviéndola la espalda.) ¡Qué majadería!

OLIVIA. (Con acento ligero pero solemne y firme al mismo tiempo.) Y antes de protestar os ruego á todos diez segundos de silencio y meditación. (Se pone un dedo en los labios, todos iban á hablar pero se quedan callados y pensativos, en sus caras se va leyendo la decisión de trabajar por los padres y una serenidad se refleja en sus semblantes. Un último rayo de sol entra por la habitación del foro y el hall. Olivia mira complacida á todos y sonriente.) ¿De acuerdo entonces, verdad? (Abrazando á Isabel.) No dudes un momento que en Viena ó donde esté papá actualmente habrá entrado en su estancia un rayo de sol como éste á través del cual nos ha visto á todos con el pensamiento puesto en él y ofreciéndole nuestra ayuda, y sus dolores habrán desaparecido. Este sol que hasta nosotros llega es como un reflejo de su sonrisa. No desmayéis, queridos, y á la obra, es por él.

RODOLFO. (Medio en serio, medio riendo.) Pero Olivia, ¿está usted segura, como sus hermanos, de no descubrirse, de poder cumplir con el servicio, y de que los nuevos inquilinos no podrán descubrir en ustedes á los verdaderos propietarios de la casa?

OLIVIA. Esa ya es cuestión de cada uno; una vez convencidos de que somos cocinera, doncella, etcétera, etc., se trata sólo de meterse en el personaje que vamos á representar, de identificarse con él y vivirle como dicen los novelistas. (A Pablo) Ahora puedes lucirte, toda la vida escribiendo y nunca habrás vivido ninguno de tus personajes. Cuando se haya marchado el señor Crane podrás hacer tu primera novela «Memorias de un ayuda de cámara» y puede que sea tu primer éxito. (Se ríe y va á abrazarle.)

PABLO. Vamos á cambiar de ropa, Carlos.

CARLOS. Mira tú que verme de limpia botas... pero tiene razón, no hay más remedio. (Salen los dos hermanos por la izquierda.)

ISABEL. Voy á ponerme la cofia y el delantal. Me pondré también el traje color café de mamá, porque negro no tengo ninguno.

OLIVIA. Sí, tienes razón, es sencillo y te estará bien. Ve corriendo. (Sale por la izquierda.) ¿Ve usted, Rodolfo, qué hermanos tengo? Si supieran esto los papás se sentirían orgullosos de nosotros. Ni un gesto, ni una discusión, cada cual ha aceptado su puesto con gusto.

RODOLFO. (Cogiéndola amistoso las manos.) Gracias á usted, Olivia; predica usted con el ejemplo, acepta siempre las peores situaciones con la sonrisa en los labios.

OLIVIA. Hay que vivir, Rodolfo, unas veces de un modo, otras de otro; en acomodarse lo mejor posible cada vez á la nueva vida estriba la felicidad. Y ahora hágame el favor de decirme: ¿este millonario habrá estado en su vida mejor servido que ahora? Yo creo que no, tendrá criados en su casa á docenas, pero de la educación y de los modales nuestros lo dudo.

RODOLFO. Ahí va á estar el peligro. ¿No teme usted descubrirse?

OLIVIA. Yo en teniendo las comidas á mis horas ya he cumplido, y como no pienso perder á los demás de vista un minuto... Además á todos nos conviene en la vida una sacudida, algo así como una ducha moral que avive nuestros sentidos adormecidos por el farniente... Imagínese á Pablo levantándose á la hora que le indique el señor, él que necesita que le llamen en invierno como en verano. Carlos como acaba de salir del colegio está más entrenado, y mi pobre Isabel, por ella es por quien más lo siento, tan refinada, tan amiga de ser servida, verse obligada á obedecer... es para ella horrible, pero ¿y luego después, cuando padre esté bueno, cuando le veamos entre nosotros? ¡qué satisfacción más grande para todos al recordar estos momentos y poderle ofrecer cada uno su amor propio herido! Cuando recordemos entre risas estos instantes será un momento bien agradable, se lo juro.

RODOLFO. ¿Pero usted sabe guisar, Olivia?

OLIVIA. Mi especialidad es la repostería, yo soy la que le hace á papá los postres. La cocina aunque no es una gran amistad la que me une con ella, por lo menos me es conocida. Además tengo dos grandes auxiliares, para apuros del momento: el «Manual del perfecto gurmet» que es un libro precioso para los aficionados á comer bien, y para consultas verdaderamente graves. Amanda, la cocinera negra de casa que se ha ido á vivir las seis semanas con su prima, ahí cerquita.

RODOLFO. ¿Y si son ustedes descubiertos?

OLIVIA. ¿Por quién? Los vecinos nos creen fuera, aquí no han de entrar sabiendo que está la finca habitada por personas que no conocen...

RODOLFO. Olivia, es usted admirable.

OLIVIA. Déjese de frases, Rodolfo, usted hubiera hecho lo propio. Hay que entregar la casa con

criados, se encargan y no vienen, el propietario va á llegar inmediatamente, estamos nosotros aquí todavía que queremos salvar el alquiler, ¿usted diga qué se hace? Después de todo, bastante tiempo hemos sido amos. (Suena una bocina repetidas veces fuera.) El debe ser. Me marcho á darlos una ojeada antes de que se presenten. Usted, Rodolfo, recíbale mientras, haga el favor. (Ya en la puerta del foro.) Y Dios con todos.

RODOLFO. (Va ligero á la izquierda.) Por dónde me veo metido en un lío mayúsculo y del que no sé cómo saldremos; en fin, como dice Olivia, Dios con todos. (Se oye el timbre de la entrada y sale Rodolfo.)

CRANE. (Fuera y en voz alta y simpática. Es un hombre decidido y enérgico.) En efecto, Jack Crane, y usted Rodolfo Weeck. (Entran.) Es usted muy amable por estar aquí esperándome. (Se quita la gorra de automovilista.) Permítame que le mire, tengo la pretensión de conocer á un hombre al primer golpe de vista; si me gusta, va; si no, imposible tragarle. (Le mira atento.) Muy bien, usted es una buena persona, poco enérgico, poco decidido, poco emprendedor, pero buena persona, tiene usted simpatía, mirada franca y un carácter excelente. Nos haremos amigos en seguida. (Le da la mano y un apretón enérgico.)

RODOLFO. Es usted muy amable.

CRANE. (Quitándose el gabán.) Sinceramente, ¿he acertado?

RODOLFO. (Riendo.) En casi todo, sí, señor.

CRANE. Usted está aquí por su falta de decisión, le falta alguien que le empuje, afortunadamente estará enamorado y su mujer le hará hacer por su cariño lo que usted no se ha atrevido á intentar por su propio porvenir. He visto muchos casos así.

RODOLFO. Tal vez tenga usted razón.

CRANE. (Deja el gabán en una silla.) Es seguro. Bueno, examinemos ésto. ¿Este es el salón? Sí, le pregonan los venerables retratos, esto debe pertenecer á una familia acomodada de la región, la señora debía ser muy agradable, tiene aspecto noble, el marido por su aire severo, un poco sombrío, debió ser magistrado, su mirada no engaña, mirada de buen juez. (Mira la habitación.) Los muebles cómodos convidan á la meditación después de una buena cena. Me imagino al señor rodeado de su familia y contemplando á todos con verdadero cariño y pensando: Tengo lo que me he ganado.

RODOLFO. Veo, señor Crane, que sabe usted juzgar exactamente las personas y los objetos. Todo lo que ha dicho usted es perfectamente exacto, y yo creo que toda la casa le gustará, tiene un cierto sabor campestre...

CRANE. Muy á propósito para una cura de tranquilidad que es lo que necesito. Pero ¿y los criados? No se ve ninguno. Por supuesto ¿no habrá usted olvidado...?

RODOLFO. No, señor, todos son blancos. Por el momento deben estar en sus habitaciones vistiéndose, acaban de llegar...

CRANE. ¿Las referencias...?

RODOLFO. Excelentes, los conozco á todos hace tiempo.

CRANE. (Mirando los cuadros.) Muy bien, si el personal es amigo de usted...

RODOLFO. Entendámonos, en cierta forma.

CRANE. (Se vuelve á él.) ¿Y por qué no han de ser ustedes amigos? Mi ayuda de cámara es mi mejor amigo; por estar convaleciente de una gripe no ha venido, pero nunca me separo de él.

RODOLFO. Pues de éstos respondo, señor Crane.

CRANE. Muy bien, encantado. ¿Supongo que me acompañará á cenar? Espero tres convidados, la señora Bradford y su hija, y su hermano el

señor Bradford, mi abogado. Llegarán al fin de la cena y odio comer solo. Además usted me ha proporcionado la cocinera y es justo que si lo hace mal participe de mis sufrimientos. (Se ríe y viene á sentarse á primer término en una butaca de espaldas al público. Ve, pues, á Olivia que aparece tímidamente por el foro.) ¡Hola! precisamente llega. Adelante, señorita, adelante.

OLIVIA. (Completamente vestida de cocinera.) ¿Da el señor su permiso?

CRANE. Pase, pase, ¿quién es usted?

OLIVIA. (En medio de la escena riendo con gran sencillez.) Toma, quién quiere el señor que sea, la cocinera.

CRANE. ¿Y es usted lo que se llama una buena cocinera?

OLIVIA. No sé, lo que puedo decir al señor es que nadie me ha reprochado todavía mis guisos. Y venía á tomar las órdenes del señor.

CRANE. ¿Cuál es su especialidad?

OLIVIA. (Acercándose con cortedad.) ¿Cómo dice el señor?

CRANE. Quiero decir, qué es lo que hace usted mejor.

OLIVIA. (Muy seria.) ¿Mejor? Todo. Es decir, mi especialidad es la repostería. Hago toda la repostería inglesa, francesa y americana.

CRANE. Observo que es usted poco patriota, pone usted la americana la última.

OLIVIA. Por ser la peor, la nuestra no puede competir ni con la inglesa ni con la francesa; el señor que habrá viajado no dejará de comprender...

CRANE. (A Rodolfo.) Está bien esa muchacha. (Rodolfo con el gesto le indica su suficiencia.) ¿De modo que usted venía á saber lo que deseo comer esta noche? (Asentimiento de Olivia.) Pues bien... ¿Cómo se llama usted?

OLIVIA. (Pillada de improviso tiene un movimiento de vacilación, pero se repone en seguida.) Mary, Mary, para servir al señor.

CRANE. Pues bien, Mary, usted nos da de comer lo

que quiera. Yo no puedo hacer nunca un menú. A su elección lo dejo, así veré desde hoy sus aptitudes.

OLIVIA. (Con una ligera sonrisa.) Está bien, yo trataré de satisfacer al señor.

CRANE. Somos dos, el señor Weeck y yo, pero debe tener unos fiambres por si las personas que espero desean tomar algo á última hora.

OLIVIA. ¿El señor espera convidados?

CRANE. Espero, sí, señorita, ¿le contraría?

OLIVIA. El señor se burla. Preguntaba por saber... A las órdenes del señor. (Sale por el foro. Crane de un salto va á la puerta y mira hacia donde ella salió un momento. Se vuelve á Rodolfo y le coge amistosamente del brazo y con una sonrisa picaresca.)

CRANE. ¿Sabe usted señor Weeck que siendo los dos solos va á ser cosa de cenar en la cocina?

(Cae el telón un momento; al levantarse aparece entre las dos butacas de la chimenea una mesita con servicio de café sobre una lámpara de alcohol encendida. La señora Bradford está sentada en la butaca frente al público y su hija Cora pasea bebiendo y paladeando su café.)

SEÑORA. Mira si hay alguien que pueda oír.....

CORA. (Mira por el foro y la izquierda.) No, mamá, pero te lo puedes ahorrar si quieres, sé lo que me vas á decir.

SEÑORA. Ven cerca de mí y no seas indómita. (Se acerca Cora.) No es cosa de juego, hija mía, y me duele ver que todo lo echas á broma. Si he aceptado la invitación de Crane que no me negarás es un buen tipo y un perfecto caballero...

CORA. (En el mismo tono que su madre.) Ha sido por mi bien, para que le trate, simpatice con él y haga su conquista en seis semanas. (La madre asiente.)

SEÑORA. Justo, tú eres bonita...

CORA. Lo sé porque me lo dices cada vez que nos vemos en este trance.

SEÑORA. Te lo digo porque es verdad, y así lo sabrá apreciar el señor Crane que es hombre de gusto. Ahora bien, si tú eres bonita y él un cumplido caballero, no veo obstáculo ninguno para vuestra felicidad. Tu matrimonio será un consuelo para mi vejez.

CORA. (Deja la taza.) Por Dios, mamá, ¡qué cosas dices...!

SEÑORA. (Con gesto agrio.) ¿Pero crees que podemos seguir como hasta ahora? Cuando eras una chiquilla hemos podido pasar, pero has crecido y la renta de tu padre que nos dejó, no. Si hemos vivido ha sido de milagro, pero hoy en día, te lo declaro solemnemente, no basta para dos mujeres criadas exclusivamente para subsistir rodeadas de ciertas comodidades imprescindibles. Solón, a quien he hablado con respecto á esto, es de mi opinión y ansía como yo verte caminar serena y tranquila hacia el altar.

CORA. Pero mamá, estás hablando como si no faltara más que una ocasión para que Crane pidiera mi mano, y si entrara en sus cálculos casarse conmigo ya lo hubiera hecho.

SEÑORA. El matrimonio no es de ocasión, es asunto de cálculo y Crane puede estar calculando; ofrécele una ocasión, dale impulso tú ahora que viviréis la misma vida unas semanas y es asunto terminado. (Cora se aparta de su lado.) ¡Ah! y que no se pronuncie en esta casa el nombre de ese títere.

CORA. (Se vuelve airada.) ¿A quién te refieres?

SEÑORA. (Irónica.) Ya lo sabes, al poeta, á Tomás Benet. Ese debe desaparecer de tu memoria, es un cualquier cosa, peor aún, un pobre. ¿No me lo negarás?

CORA. No lo niego, es lo que me corresponde: á un pobre, otro. (Movimiento de ira de la señora.) Y no sé por qué le llamas poeta.

SEÑORA. Cuando á un hombre honrado le llaman ladrón, lo niega enérgicamente. ¿Ha dicho que no es poeta ese caballero?

CORA. ¡Ay mamá, qué paciencia se necesita para oírte!

BRADFORD. (Entra fumando con Rodolfo, viene de frac, éste como estaba antes.) ¿Te molestará que fumemos á vuestro lado?

SEÑORA. Ya sabes que adoro aspirar el humo de un buen cigarro. (Se sienta Bradford en frente de ella.)

CORA. (A Rodolfo.) ¡Qué agradable resulta esta habitación!

RODOLFO. En efecto, señorita, tiene algo de las señoriales que nos describen los novelistas.

SEÑORA. (Mirando a Rodolfo siempre que le habla, con los impertinentes.) ¿Es usted aficionado á novelas?

RODOLFO. Me gustan, sí, señora, pero carezco de tiempo para leerlas; únicamente cuando viajo me puedo permitir el lujo ds saborearlas. Lo que más me encantan son los versos.

SEÑORA. (Muy admirada.) ¡Cómo! ¿Le gustan los versos siendo hombre de negocios? ¡Qué raro!

RODOLFO. (Riendo.) Confieso mi debilidad.

CRANE. (Apareciendo radiante en el foro.) Creo, mi distinguida amiga, que estará satisfecha de la cena. No se puede pedir más. ¿Y usted Cora, qué me dice?

CORA. (Yendo á él.) Una cena deliciosa, en efecto. ¿Verdad, tío Solón?

BRADFORD. Es pronto aún para juzgar; pasando un par de horas te lo diré.

CRANE. Un abogado debe ser siempre cauto.

BRADFORD. Permítame, amigo Crane; decir que una comida es buena por el agradable sabor de los manjares, es sentar una conclusión que no se funda en hechos conocidos.

CORA. Me parece que eso es pedir demasiado á una cocinera, tío.

CRANE. Por lo visto á usted no se le debe convidar á

una buena cena, sino á una buena digestión.

BRADFORD. Es lo lógico. (Riendo.)

SEÑORA. Amigo Crane, me parece que se ha olvidado de una obligación como amo de casa.

CRANE. Usted dirá, señora.

SEÑORA. ¿Ha inspeccionado el servicio?

CRANE. Confieso que no; aún no sé quién tengo en mi casa. He confiado en el señor Weeck.

SEÑORA. El señor Weeck merece todos mis respetos, pero, sin embargo, debe uno ver siempre por sus propios ojos... ¿Me permite que yo, como de más edad y más acostumbrada á estos casos, le sustituya en el presente?

CRANE. Agradecidísimo, mi querida amiga.

SEÑORA. (A Rodolfo que está azorado.) ¿Quiere usted llamar, señor Weeck?

RODOLFO. (Toca el timbre.) Con mucho gusto, señora.

SEÑORA. (A Cora.) Ve aprendiendo, Cora, para cuando seas ama de casa. (Cora baja la cabeza.)

PABLO. (Vestido de frac con pantalón gris obscuro y magnífica bota de charol.) ¿Han llamado los señores?

SEÑORA. (Con los impertinentes.) Acérquese. ¿Cómo se llama?

PABLO. Tomás.

SEÑORA. ¡Cómo, Tomás! ¿Se llama usted como mi hermano? ¡Oh! No, de ninguna manera. Le estoy viendo entrar á usted en mi cuarto cuando le llame á él. Temporalmente cambiará usted de nombre. (A Crane.) Con permiso de usted, si no le molesta, amigo Crane.

CRANE. (Riendo con algo de guasa.) A mí no, pero creo que se debía contar antes con el interesado, si le parece.

SEÑORA. El está en esta casa para obedecer únicamente. Además, no creo que tenga especial interés en conservar el nombre.

PABLO. La señora me indica el nombre por el que he de atender y será servida.

SEÑORA. Se llamará usted Jack.

CRANE. (Riendo.) ¿Olvida usted que me llamo yo así? Se va á repetir el mismo caso que con su hermano.

SEÑORA. A usted no le llamamos más que Crane. (A Pablo.) Se llamará usted Jack, ó Juan, es más de criado.

PABLO. (Después de mirar á Rodolfo.) Como la señora ordene.

SEÑORA. Pues bien, Juan, diga á sus compañeros que vengan.

PABLO. (Inmutable.) Al momento. (Sale por izquierda y cierra respetuoso la puerta.)

SEÑORA. (A Rodolfo.) Si he de decir la verdad, este hombre me ha causado una impresión excelente. ¿Dónde dice usted que ha encontrado á esta gente, señor Weeck?

RODOLFO. (Muy azorado.) En casa de los Bilington, Croset-Bilington, por mejor decir, una gran familia de los alrededores, muy considerados entre lo mejor de la ciudad.

SEÑORA. (Siempre mirando con los impertinentes.) ¿Y cómo se han desprendido de estas alhajas?

RODOLFO. (Tragando saliva.) Están fuera. Los Croset Bilington están de viaje, y yo que lo sabía fuí á ver á su administrador, ¿comprende usted?, y le decidí á que me los prestara. No crea que fué obra de un momento, porque no quería desprenderse de ellos.

PABLO. (Abre la puerta de la izquierda y pasan Isabel y Carlos. Aquélla con vestido café sencillo, delantal y cofia; éste en traje de groom.) ¿La señora dá su permiso?

SEÑORA. (Mirando con los lentes.) Pasen, pasen.

PABLO. La señora perdonará, pero la cocinera viene en seguida.

SEÑORA. Perfectamente. Ahora deseo hacerle saber que usted es el responsable de la disciplina de esta gente. En esta casa no se debe oír una voz.

PABLO. Descuide la señora, llevamos bastantes años juntos y respondo de todos como de mí mismo.

SEÑORA. Ya lo veremos. (A Isabel.) Acérquese, joven. (Se adelanta.) ¿Cuál es su nombre?

ISABEL. Alicia, señora.

SEÑORA. ¡Qué nombre más fino! ¿Sus padres tienen ideas aristocráticas?

ISABEL. Si las tienen, no me las han participado, siempre me llamaron Alicia, y respondo por ese nombre.

SEÑORA. Sea comedida en el hablar, haga el favor, las personas redichas me cargan. Pasemos á lo importante. Mi hija y yo nos levantamos á las ocho, hora á la cual tendrá dispuesto el baño. El desayuno le servirá en nuestras habitaciones media hora después, (Se inclina hacia los pies de Isabel) y... supongo no se equivocará de medias y tomará las mías por las suyas. (A Crane.) La mayoría de las doncellas sienten una irresistible inclinación por las medias de seda. (Se ríe con picardía.)

ISABEL. Todas las mías están marcadas, pierda cuidado la señora.

SEÑORA. ¿Y ese joven?

CARLOS. (Se adelanta sonriente.) Yo soy Napoleón, para servir á la señora, y mi especialidad es el brillo del calzado. Nací en Sussex, y tengo diez y ocho años.

SEÑORA. Y muy poco juicio, por lo que se ve.

CARLOS. Efecto de los pocos años, según me dicen mis amos...

RODOLFO. (Rápido.) Los señores de ~~Croset~~ Bilington, se lo he oído siempre. Es un buen muchacho, pero algo ligero. (Carlos le mira asombrado.)

CARLOS. Los señores de ~~Croset~~ Bilington me tienen en su casa desde pequeño y están muy contentos conmigo.

SEÑORA. ¿Supongo entonces que conocerá usted á fondo su obligación?

CARLOS. La señora juzgará. Mañana verá qué zapatos se encuentra al abrir la puerta...

SEÑORA. Perfectamente, Juan. Pueden retirarse, y á ver si viene esa cocinera.

PABLO. (Hace una profunda reverencia que los otros dos tratan de imitar y salen. Pablo vuelve.) Señora, la cocinera pide permiso para entrar.

SEÑORA. Que pase. (Entra Olivia todavía más guapa que al principio, pues su traje de cocinera se ha completado con varios adornos. Bradford la mira extasiado, Crane con cierta curiosidad y Rodolfo con orgullo.) ¿Usted es la cocinera?

OLIVIA. Sí, señora.

SEÑORA. ¿Y usted es la que ha hecho la cena esta noche?

OLIVIA. Con ese objeto he venido á esta casa. Yo he sido.

CORA. (Que se ha acercado á ella y la examina con curiosidad.) Por lo que se vé, es usted una gran cocinera. La cena ha sido magnífica.

OLIVIA. Es usted muy amable.

SEÑORA. Debe usted hablar en tercera persona, y decir: la señorita es muy amable. ¿Entendido?

OLIVIA. Hablaré como quiera la señora, pero eso de la tercera persona no lo entiendo. Me habla la señorita que es una persona, á mí que soy otra, somos, pues, dos personas las que hablamos, no veo la tercera. (Mira á su alrededor.) Es decir, sí veo, pero las demás me miran y no me hablan. (Se ríe.)

SEÑORA. (Va á hablar y se contiene.) ¿Para qué entrar en explicaciones que no había de entender?

CRANE. Creo lo mismo, mi querida amiga. Y es más: en una cocinera lo que importa es que sepa bien su obligación, aunque su modo de hablar no sea muy correcto.

OLIVIA. El señor es de mi opinión. Los señores no tienen más trato con su cocinera que por los platos; si están bien hechos pueden decir que es una oradora de primera. (Se ríe.)

SEÑORA. Veo que se ríe sin ton ni son. ¿A qué viene esa risa tan poco respetuosa?

OLIVIA. Como con reírme no hago mal á nadie... ¿La señora no se ríe? (Todos ríen.)

BRADFORD. Es magnífica esta criatura... La señora no se ríe, dice... tiene gracia...

CRANE. Una vez que conoce el personal, podíamos dar por terminado este acto; ¿no le parece?

OLIVIA. (Saca una cartilla del bolsillo.) Si la señora desea conocer mis certificados...

SEÑORA. (La coge y lee.) «Certifico que Mary Bradbury es una persona de mi entera confianza y conocedora como la que más de su obligación. En casa ha estado desde la edad de dos años, y la abandona por su conveniencia particular. Olivia Copperfield.»

CRANE. ¿Por lo visto ha servido usted á los dueños de esta casa?

OLIVIA. Sí, señor; y salí cuando los señores fueron á Europa.

RODOLFO. Olivia es una de las hijas.

SEÑORA. ¿Me permite examinar sus manos?

OLIVIA. (Se las enseña.) Vea la señora.

SEÑORA. Excesivamente bien cuidadas. ¿Tiene usted manicura?

OLIVIA. Yo creo que las manos de una cocinera no están nunca demasiado bien cuidadas.

CRANE. (Que se ha acercado á verlas también.) Eso creo yo; deben estar tan limpias como la copa en que bebemos ó el plato donde se come.

SEÑORA. De acuerdo, Crane; pero vea las de Mary: son manos de señorita enteramente.

CRANE. (La coge una levemente; ella la retira sin afectación.) En efecto; son finas y están cuidadas.

OLIVIA. A la señora le habrá chocado que saliera de casa de mis amos sin dar explicaciones; pero es que no les podía decir que estaba harta de la señora, que me la encontraba en todas partes ocupándose de lo que no la importaba. Siempre estaba detrás de mí preguntando sandeces, enterándose de si tenía novio,

del precio de los artículos en el mercado, de cómo se hacen los guisos. Parecía la cocinera, porque estaba en la cocina más que yo. Una mujer así no hay quien la aguante.

SEÑORA. ¿Y es usted casada?

OLIVIA. No lo permita Dios.

SEÑORA. ¿Pero novio sí tendrá?

OLIVIA. A mí pregúnteme de mis guisos; pero en mi vida privada no tiene derecho á meterse, á menos que piense hacerme un regalo para mi boda.

SEÑORA. (Escandalizada.) ¡Oh!, semejantes palabras no me las ha dicho nadie en mi vida.

OLIVIA. Pues me parece que no he dicho nada de particular. Yo me estoy preguntando á mí misma: ¿Cuántos años llevará esta señora ese vestido?, y no me he determinado á solicitar que satisfaciera mi curiosidad.

SEÑORA. (Levantándose airada.) ¡Es usted una grosera!

OLIVIA. (Empieza á sollozar tras del pañuelo.) ¡Qué me ha dicho la señora! ¡Me ha llamado grosera! ¡A mí, á mí! (Llora.)

BRADFORD. (En voz baja á su hermana.) Ya has conseguido lo que te proponías. La has hecho llorar. Y si se marcha, no serás tú la que nos dé de cenar como ella esta noche. (Se aparta de ella y Cora acude á su lado. El va solícito á consolar á Olivia con cariñosos golpecitos en los hombros.) Mi hermana no ha tenido seguramente intención de molestarla.

CRANE. No llore, Mary, y disculpe la curiosidad de la señora Bradford.

SEÑORA. Cora, me parece que esta escena dura ya demasiado; lo mejor es retirarnos á nuestras habitaciones. Señores, muy buenas noches. (Salen por el foro, y de pronto vuelve la señora y dice imperativamente.) Solón, Solón.

BRADFORD. (Se vuelve sin enterarse de quien le llama.) ¡Ah!, eres tú. ¿Qué pasa?

SEÑORA. Que nos retiramos. Hasta mañana.

BRADFORD. ¡Ah, bueno! Hasta mañana. (Vuelve al lado de Olivia, á la que consuelan Crane y Rodolfo.) Es su carácter, Mary.

SEÑORA. ¿Pero no vienes, Solón?

BRADFORD. En seguida, mujer; ve subiendo. (Sale la señora.) ¿Ve usted?, es como su manía de que me he de acostar cuando ella. Señores, ustedes perdonen; pero ya lo han oído. (Al salir le da otro golpecito amistoso.) Y á no preocuparse; ahora se acuesta y mañana tan contenta. Descansad. (Sale.)

CRANE. Hasta mañana, Bradford.

RODOLFO. Ea, se acabó. ¿A qué tanto lloro por una tontería?

OLIVIA. (Se quita el pañuelo de la cara y está riendo.) Si no lloraba, es que conocí que mi llanto la ponía nerviosa y de ese modo la quitaba de en medio antes.

CRANE. (A Rodolfo.) La verdad es que ha estado algo indiscreta.

OLIVIA. Ya lo creo. Si esas preguntas se las hubieran hecho á usted le habrían molestado. Yo en mi cocina, la señora en la sala y en paz. (A Crane.) Pierda cuidado el señor, que yo entre á inspeccionar lo que hace en su despacho, como el señor tengo la seguridad de que no estará metido en mi cocina.

CRANE. (De eso no estoy yo tan seguro.)

RODOLFO. Señor Crane, usted me va á permitir que me retire, una vez que ha terminado la velada. Si desea algo de mí, un golpe de teléfono y estoy á su disposición en seguida. (Le da la mano.)

CRANE. Muy, amable, señor Weeck, y perdone esta pequeña escena familiar.

RODOLFO. Que supongo no tendrá importancia.

CRANE. (Mirando á Olivia.) Ninguna, porque yo deseo que esta señorita se encuentre muy á gusto mientras yo permanezca en esta casa.

OLIVIA. (Bajando púdica los ojos.) Eso espero también; lo de esta noche, mañana está olvidado.

RODOLFO. (En la puerta de la izquierda.) Estaba seguro de ello, Mary es una buena muchacha. Hasta mañana entonces.

OLIVIA. (Apartándose para que pase.) Usted lo pase bien, señor Weeck.

CRANE. Hasta mañana. (Sale Rodolfo y con él Olivia. Crane enciende un cigarrillo y pasea satisfecho echando grandes bocanadas de humo.) Esta muchacha es verdaderamente encantadora y yo he sido un animal invitando á los Bradford... Si yo llego á saber que había en esta casa semejante cocinera... (Se da una palmada en el muslo y echa una bocanada de humo.)

OLIVIA. (Ha apagado la luz del hall, entra y cierra y se dirige al foro.) ¿El señor tiene alguna orden que darme para mañana?

CRANE. (Sentándose en la mesa del centro.) Ninguna. ¿Qué desayuno me va á dar mañana?

OLIVIA. (Jugando con el delantal.) Si al señor le gusta la fruta, podré tenerle unas brevas magníficas que se crían en la huerta.

CRANE. Vaya por las brevas.

OLIVIA. Huevos frescos también habrá, miel y té ó café, como el señor prefiera. ¡Ah!, y jamón. Ya verá el señor qué jamón más rico el que le traiga.

CRANE. (Inclinándose hacia ella.) No lo dudo, Mary. Por lo visto, cuanto tocan sus manos es exquisito. La cena de hoy...

OLIVIA. ¿Le ha gustado al señor? (Asiente Crane.) Tenía un miedo de no acertar... Ya se ve, como no conozco al señor... no es lo mismo que cuando se conocen los gustos... Ya verá, ya verá al cabo de una semana... ¿Y para almorzar lo que yo quiera?

CRANE. (Baja de la mesa y despacio va donde está ella.) Lo que usted quiera, sí, todo lo que usted quiera...

OLIVIA. (Al ver que avanza, ella va muy natural retrocediendo á la puerta.) Entonces hasta mañana, señor.

CRANE. (Se detiene donde estaba.) Hasta mañana, Mary. (Sale Olivia y él fuma mirando por donde se fué. Vuelve al centro, se pasea, de pronto ve el retrato de la repisa de la chimenea, le coge distraído y le mira, se acerca interesado á la luz, mira á la puerta del foro y se queda pensativo.) ¡Qué coincidencia! ¡Es curioso! Debo ser yo, que tengo su imagen metida en el cerebro. (Le deja en donde estaba y se le queda mirando y fumando. Acaba por reirse.) Y, sin embargo... ¡Ay Mary! ¿Qué me has dado en la cena esta noche que parece que no he comido en mi vida hasta hoy?

TELÓN



ACTO SEGUNDO

Cocina en casa de los Copperfield. Es una habitación alegre con puerta y ventana al foro centro que dá al jardín. En segundo término derecha, puerta con muelle que comunica con el comedor; en primero, puerta de la despensa. Entre las dos, armario de cocina. A la derecha de la ventana, registro de timbres, y á la izquierda, fuente con agua corriente. En la izquierda, fogón de hierro reluciente de puro limpio con ollas humeantes. En la pared diversos utensilios perfectamente colocados. En el centro de la habitación, mesa con hule blanco encima; debajo de ella, heladora americana, sillas por la habitación, etc., etc.

Al levantarse el telón aparece Carlos sentado en una silla y alineados ante él tarros de betún de todas clases y colores delante de cada bota. Limpia frenético una bota de caballero y canta.

CARLOS.

Margarita muy triste lloraba
y en su amor ya muy lejos pensaba
que Margó una gran fe en él tenía
y a su amor entre llantos decía...

(Suena un timbre, sale un número en el indicador, Carlos le mira y con desprecio.) La vieja, que aguarde. (Sigue cantando.)

y á su amor entre llantos decía:
Serafín, Serafín,
tú mi bien,
tú mi amor
y un sinfin de delicias
que guardas.

(Suena otra vez el timbre con repiqueteo, Carlos sufre como una sacudida.) Esta vez es Cora la que llama, apuesto cinco dólars contra uno á que es ella. (Mira el número.) Gané. No sé qué tiene la señorita Cora, que parece cuando llama

que me hace cosquillas. (Deja la bota y el cepillo y da un salto de contento.) Va, señorita Cora, va en seguida, cielito mío. (Da otra zapateta y sale por la derecha.)

OLIVIA. (En el jardín.) Tuso, tuso, demonio de perro; como que creerás que la gallina es para ti. (Entra con una gallina en la mano.) Yo creo que con una gallina tendrán bastante los cuatro. En esto de las porciones es en lo que estoy más floja, y como no puedo preguntarles antes de hacer cada comida el apetito que tienen, paso cada sofoco... (Saca del bolsillo la llave de la despensa y la abre.) Saquemos mi tesoro. (Entra.)

PABLO. (Por la derecha; entrando de espaldas con una bandeja y los servicios del desayuno.) Apurado te veas para que lo creas. (Lo deja todo en la mesa.) ¡Y pensar que en los ocho días que llevo haciendo esta operación todavía no he roto un plato ni una copa, ni... en fin, nada... que no he roto nada!

OLIVIA. (Desde la despensa.) Como que cuidas lo tuyo, amigo, y te interesas por ello.

PABLO. ¡Ah! ¿Estás ahí?

OLIVIA. Sí; no sé cómo me las compogo que estoy en todas partes. (Sale con un plato de patatas cortadas en rajas que deja en el fogón.) Ten cuidado al fregar esas tazas, que son las mejores de mamá, no las descabales.

PABLO. (Levantándose las mangas de la camisa y disponiéndose á fregar.) No me lo recuerdes, porque me entra más miedo. (Friega y deja escurriendo todo en la mesa.)

OLIVIA. (Destapa una olla y sale humo; prueba el contenido con una cuchara.) Ahora calla, que me distraes; ya no me acuerdo si le he echado la sal á esto. ¡Demonio, está ardiendo! Me he quemado y no sé si está soso. Prueba tú. (Le da una cucharada después de soplarla.) ¿Qué tal?

PABLO. Me parece que está bien.

OLIVIA. A tu cargo va. (Echa las patatas y tapa.) Voy por legumbres. Cuida si llaman. ¿Y Carlos?

PABLO. Ha ido á ver lo que quería la señorita Cora. (Suena el timbre, mira.) La vieja. (Olivia sale corriendo por el foro y detrás Pablo por el lado contrario.)

CARLOS. (Con unas botas de señora en la mano. Al hablar imita á Cora.) Napoleón, tome estas botas para que tenga la bondad de limpiarlas. Yo no sé que betún emplea usted que me las deja como nadie. Señorita, no sé como podrá ser... como no sea la saliva, porque después de dar la crema echo un poquitín de saliva y froto, esto es todo. La señorita Cora se sonríe un poco, me inclino y salgo. (Levanta las botas en alto.) La verdad es que tiene su parte agradable el oficio de limpiabotas. ¿Quién me había de decir que iba á tener entre mis manos los piececitos de Cora Bradford? ¿Y quién la iba á decir á ella que le iba á limpiar las botas un Copperfield?

SEÑORA. (Abre la puerta derecha de golpe y mira á Carlos que continúa contemplando las botas en alto.) ¡Napoleón! (Se vuelve Carlos asustado.) ¿Qué hace usted con esas botas en alto?

CARLOS. Miraba si tenían bastante lustre.

SEÑORA. (Que viene con los rizos cogidos con papeles y cubierta con un pijama.) ¿No oye usted el timbre cuando se llama?

CARLOS. Perdone la señora; desde que he bajado no ha sonado timbre alguno.

SEÑORA. Pues mire el número fuera.

CARLOS. Habrá salido mientras estaba en el cuarto de la señorita.

SEÑORA. ¿Y Alicia?

CARLOS. Debe estar arreglando la habitación del señor Crane.

SEÑORA. ¿Sabe dónde hay alcohol?

CARLOS. En la despensa, supongo. (Entra y sale con una botella que mira á la luz.) No; esto es lejía. (Entra

y sale con otra.) Este es el alcohol: ¿Le quiere la señora para las tenacillas? Yo subiré á llenar la maquinilla, si desea la señora.

SEÑORA. Haga como guste. (Vá á salir y Carlos se apresura á abrir la puerta, ella se detiene.) Napoleón, es usted un buen muchacho, con poca fijeza, pero no se puede decir que no es usted un buen muchacho.

CARLOS. (Sonriente.) Debe ser cuestión de los años, señora, soy muy joven, yo espero que cuando tenga los de la señora habré cambiado.

SEÑORA. (Saliendo.) Poca fijeza y demasiado familiar, no sabe guardar las distancias. (La deja salir, espera un momento, hace una gran reverencia, un salto y sale trás ella.)

ISABEL. (Por el foro con unos cuellos de encaje, viene de mal humor, entra en la despensa y sale con una plancha eléctrica que enchufa. Saca de la misma unos paños blancos que extiende en un lado de la mesa y se pone con otros á secar lo fregado. Dá un suspiro.) ¡Si no fuera por lo que es...! ¡Quién me lo había de decir que me vería como una vulgar doncella! ¡Esta vieja, esta vieja...! (Extiende los cuellos y con rabia dá golpes en ellos para estirarlos.) La ahogaría, es insufrible. ¡Tres veces los he planchado y todavía no están á su gusto! ¡Ay madre, madre...!

OLIVIA. (Al pasar por el foro la oye, se la queda mirando un momento y entra. Viene con un esportillo lleno de verdura, que deja en una silla. Se acerca á su hermana y la dá un beso.) ¿Qué, pesa la carga? Un poco de paciencia, ya van ocho días, el tiempo pasa sin sentir. (Isabel la mira y se pone á planchar.) ¿Tiene mal genio la vieja? Yo conozco una señorita también un poco déspota que en algunas ocasiones trataba secamente á sus pobres criados negros y aquéllos la querían. (Isabel deja la plancha y se echa á llorar. Olivia la abraza.) No me llores, Isabel, perdóname, he

sido mala, he puesto el hierro demasiado al rojo sobre la herida.

ISABEL. (Se separa y la pone las manos en los hombros.) No, Olivia, no has sido mala. Tú que llevas la parte más pesada y no te quejas, no eres mala. Pero ahora comprendo la lección que nos dá la vida, procuraré aprovecharla. (Se limpia los ojos.) Ya pasó.(Vuelve á planchar.)

OLIVIA. ¿Y los chicos?

ISABEL. No sé, creí que estaría Carlos aquí abajo. (Entra Carlos con la botella y se pone á imitar á la señora.)

CARLOS. Napoleón, es usted un buen muchacho, con poca fijeza, pero no se puede decir que no es usted un buen muchacho.

ISABEL. ¿Te ha dicho eso la vieja? (Carlos asiente.) Le has caído en gracia, eso es tener suerte...

CARLOS. Eso me ha dicho. La he llenado el depósito, me ha dado las gracias conmovida y la he dejado en la frívola ocupación de rizarse los diablillos que serpentean por su venerable frente. (Accionando cómicamente.)

OLIVIA. Carlitos, hijo, seca esta loza y llévala al aparador, que necesito esta mesa para la masa de la tarta. (Carlos entra en la despensa, deja la botella, sale y seca rápido todo llevándolo á su tiempo al comedor; Isabel sigue planchando.)

RODOLFO. (Aparece por el jardín, mira y al ver que está sola Isabel la llama.) Buenos días, Isabel, ¿estás sola?

ISABEL. (Se vuelve.) ¡Ah! ¿eres tú? Buenos días.

RODOLFO. Pasaba por ahí, y... me dije... voy á ver qué tal están en su nuevo estado.

OLIVIA. Caramba, la Providencia le envía, Rodolfo, ¿quiere usted hacer el favor de pasar?

RODOLFO. (Entra muy interesado.) ¿Pasa algo? ¿Qué hay?

OLIVIA. Helado para el almuerzo. (Saca con gran tranquilidad la heladora de debajo de la mesa, la pone ante una silla y le invita á sentarse.) Siéntese, hablan tranquilamente y al mismo tiempo me hace un favor.

RODOLFO. (Riendo.) Yo creí que ocurría algo de particular. Ya lo creo que moveré la heladora.

OLIVIA. Pero hablen ustedes bajo, porque voy á hacer la sopa y necesito concentrar toda mi atención en ella. (Ellos hablan bajo, ella entra en la despensa y sale con un libro grande. Se sienta en una silla al lado del fogón poniendo los pies en el travesaño.) Vamos á ver... sopas, sopas, sopas... aquí están. Veamos. (Pasa unas hojas.) De cangrejos, esta es la mía. (Lee.) «Escójanse unos cangrejos cocidos y macháquense las patas en el mortero...» Eso ya está... «Pónganse á hervir en agua fría...» están hirviendo... «Después de hervidos pásese ésta por un colador y viértase en una cacerola. (Se levanta por la cacerola y la coloca en el fogón volviéndose á sentar.) Agréguense rebanadas de pan muy finas (Se levanta, saca del cajón de la mesa un plato con rebanadas de pan y lo coloca al lado de la cacerola y se sienta) finas, se añade la sal necesaria (Va al armario y vuelve con el tarro de porcelana que dice: Sal, lo coloca en el fogón y se sienta.) necesaria, y déjese cocer lentamente.» Bueno, lo necesario para la sopa ya está. La segunda parte viene luego (Lee.) La masa de merluza y huevo cocido ya está preparada para rellenar los caparazones, el pan rallado y el huevo batido para rebozarlos se harán á su tiempo. Y luego se echan y se deja cocer. Perfectamente, por aquí no hay miedo.

RODOLFO. (Saca el pañuelo para limpiarse el sudor.) ¿Sabe usted que el dar vueltas á este manubrio cansa?

OLIVIA. ¡Qué novedad me viene usted á contar! Ya lo sé, ya. Y todo lo que se hace en la cocina tiene mucho mérito; por eso las señoras que todo lo encuentran mal me cargan, porque aun lo que sale mal ha costado mucho trabajo hacerlo.

RODOLFO. Sí, sí, tiene usted razón.

OLIVIA. (Limpiando cuidadosa el pollo.) Eso mismo le de-

cía el otro día al señor Bradford, y le convencí.

RODOLFO. ¿Pero viene por la cocina Bradford?

OLIVIA. Esto es un Club; además, ¿no ha venido usted también, por qué se extraña?

RODOLFO. Es que yo tengo mis razones.

OLIVIA. ¿Qué cree usted, que él no tendrá las suyas?

RODOLFO. No me explico, la verdad, qué es lo que tiene que hacer aquí.

OLIVIA. Se conoce que no está acostumbrado á ver á su servicio doncellas como Isabel...

RODOLFO. (Deja de golpe el manubrio.) ¡Demonio! ¡Qué me dice usted, Olivia!

ISABEL. (Volviendo á la mesa á planchar.) No la hagas caso, es por hacerte hablar.

OLIVIA. (Coge una cacerola, la cubre de manteca, dá también al pollo, echa de la fuente un poco de agua, lo rocía con limón y lo mete al horno.) Lo más difícil ya está hecho.

ISABEL. Lo que debes hacer es no menudear las visitas, pueden venir y sospechar.

OLIVIA. Sobre todo la vieja. No me ha servido de nada el disgusto que la dí el día de la llegada, la tenemos aquí cada cinco minutos.

RODOLFO. ¿Pero Crane y Cora son novios?

ISABEL. Yo creo que no, pasean juntos, dan largos paseos en auto, cazan, en casa toca ella el piano, él la escucha plácidamente, pero nada más. Me parece que la vieja tiene esperanza de que se entiendan, pero no sé porqué ninguno de los dos dá el primer paso. Bueno, Rodolfo, hasta otro día, me voy, que está esperando estos cuellos.

RODOLFO. Yo también me marcho, tengo que ir al Banco á las diez y media. (Isabel sale por la derecha.) Olivia, ¿de veras viene Bradford por la cocina?

OLIVIA. (Riendo.) No vaya á preocuparse, Rodolfo; viene, claro, pero se marcha en seguida, como se aburre de no hacer nada... El señor Crane sale á cazar, Cora lee en el mirador, su ma-

dre pasea en lancha por el estanque, y él, pues... encuentra más diversión en la cocina. Cuestión de pasar el rato y nada más.

RODOLFO. Me tranquiliza usted, creí que se había propasado... Esta gente de la ciudad se cree autorizada para todo. Bueno, hasta luego, si puedo daré una vuelta. ¡Ya van ocho días, Olivia! ¿Cuándo habrán transcurrido las seis semanas?

OLIVIA. No quiera hacerse viejo. Hasta luego, vuelva pronto para darle otro toque á la heladora. (Rodolfo sale de prisa y riéndose.) Buen muchacho este Rodolfo... Isabel no parece que le tiene gran cariño. Hubiera deseado otra cosa que un agente de negocios de pueblo, pero no estamos en situación de elegir... (Después de tragi-nar un momento va por la heladora y la coloca debajo de la mesa; al paso, coge el pañuelo de Rodolfo y le echa en una silla. Bradford aparece por el jardín. Carlos entra por la derecha con un par de botas en la mano, Bradford se oculte.)

CARLOS. ¡Las botas que ensucia esta gente al cabo del día! No doy á basto. Estas son del tío Solón que ya me va cargando. Todo el día se lo pasa en la cocina. ¿Qué viene á hacer aquí, me quieres decir?

OLIVIA. Bueno, bueno, tú á lo tuyo y no busques complicaciones. (Se sienta Carlos y limpia las botas de Cora.)

CARLOS. ¡Qué cansado es esto, chica! Y todavía las de Cora las limpio con gusto, pero mira que los navíos del tío... Si me valiera... (Suena el timbre y mira.) Ya vá, ya vá; esta señorita se cree que está sola en la casa, me las ha dado hace un momento y quiere que estén ya limpias. (Coge una debajo del brazo y sale limpiando la otra.)

BRADFORD. (Entra cautelosamente.) Muy buenos días, señorita Mary.

OLIVIA. Los mejores para usted, señor.

BRADFORD. ¿Molesto?

OLIVIA. De ningún modo, sobre todo si no se acerca mucho, para que yo pueda andar de un lado para otro con libertad... ¿Viene usted á seguir su curso?

BRADFORD. ¡Qué bromista es usted!

OLIVIA. (Siempre moviéndose.) ¿A qué si no había de venir á la cocina como no sea á aprender? (Separa una cacerola del fogón y la lleva á la mesa á tiempo que Bradford apoya las manos en ella para continuar más íntimamente la conversación. Olivia saca salsa con un cucharón, sopla, lo prueba y lo deja sobre la mano de Bradford.)

BRADFORD. (Se quema y aparta la mano.) ¡Demonio!

OLIVIA. ¿Se ha quemado usted? ¿Ve usted? ¿Por qué le decía yo que se pusiera á un lado? (Coloca la cacerola á la lumbre nuevamente.)

BRADFORD. (Se limpia.) No es nada, no se preocupe. Vamos á ver, Mary, ¿quién le parece más viejo, su amo ó yo?

OLIVIA. Usted desde luego.

BRADFORD. (Molesto.) Claro que el pelo blanco envejece mucho, pero mi naturaleza es mucho más fuerte que la de Crane, tengo una naturaleza de hierro.

OLIVIA. (Pasando con un objeto por delante de él.) ¡Cómo lo sentirán sus herederos!

BRADFORD. Tiene usted unas contestaciones que anonadan.

OLIVIA. (En el fogón trabajando.) Me cuenta usted una cosa que me tiene sin cuidado, le contesto lo primero que se me ha ocurrido.

BRADFORD. Usted encontrará raro lo que la digo, pero es que quiero venir á parar á decirla que he visto más mundo que Crane, tengo, por tanto, más práctica de la vida que él, y, por lo tanto, me hago más cargo de las dificultades con que lucha en la vida, los contratiempos que rodean á las muchachas bonitas como usted.

OLIVIA. (Con una risa burlona vuelve hacia él la cabeza sin desatender lo que hace.) ¡Cuántas retóricas emplea con una pobre muchacha como yo! No sé cómo agradecerle...

BRADFORD. Pero si es verdad. (El se acerca y ella muy natural coge del fogón una olla humeante y se la entrega.)

OLIVIA. ¿Quiere usted hacer el favor de tenerla mientras miro lo que tiene hoy la lumbre?

BRADFORD. (La coge sonriente.) Lo que usted quiera, mi mayor placer es serla útil, ya se lo he dicho. (Olivia mira dentro del fogón y él por la ventana si viene alguien.) Pues, como iba diciendo, Mary, si se presenta para usted la más pequeña molestia en esta casa, le suplico que me lo comunique considerándome como un verdadero amigo, para ponerme incondicionalmente á su disposición.

OLIVIA. (Le toma la olla.) Le cojo á usted la palabra, señor Bradford.

BRADFORD. Y la olla, por lo que le doy las gracias. Me estaba abrasando. Continúo. Como lo oye, estoy á su disposición. (Se limpia las manos.) Usted me manda.

OLIVIA. (Deja la olla al fuego y saca la heladora de debajo de la mesa.) ¿Será tan amable que quiera dar un poco al manubrio? Después de todo va usted á trabajar en provecho propio. Cuanto más deprisa le dé, más fino saldrá el helado. ¿Pero qué veo? (Le mira á la cara.) Se conoce que al dejar la olla se ha ensuciado usted, se ha tocado la cara y tiene una mancha de hollín. (El saca el pañuelo y se va á limpiar.) No se toque, yo le limpiaré. (Coge un paño y al limpiarle le mancha de negro.) Ya está, no se toque, ya está. Pues me alegro haberlo visto, porque si sale usted y le ven, hubieran dicho, ¿de dónde viene este señor?; porque á nadie se le habría ocurrido pensar que salía de una cocina. (Va al armario y saca una fuente con la masa de la tarta y

un bote que dice Harina. Lo va á dejar en la mesa y se lo da.) ¿Me hace el favor? Tengo que limpiar antes la mesa. (Coge un paño y la limpia escrupulosamente. Entra Pablo que se queda parado al ver á Bradford.) Pase, pase, Jack... el señor Bradford que viene á tomar lecciones culinarias.

PABLO. (Muy serio y respetuoso.) El señor Crane acaba de llegar y pregunta por usted.

BRADFORD. (Muy molesto y deseando soltar las dos cosas.) Voy á su encuentro.

OLIVIA. (Cogiendo del bote que tiene harina.) Un momento nada más, que estoy en lo más importante; vea, se coge harina y se frota la mesa donde se ha de extender la masa, así, vaya aprendiendo, señor Bradford.

PABLO. (Muy serio á su hermana.) ¿Pero el señor, á más de abogado, desea ser cocinero?

BRADFORD. (Muy digno.) Oiga, ¿es que se permite burlarse de mí?

PABLO. (Muy digno.) Lo que me permito pensar es que hay demasiados criados en la casa para consentir uno más en la cocina.

BRADFORD. (Conteniendo la cólera.) ¿Cómo se entiende?

PABLO. Le participo que esta señorita es mi hermana.

BRADFORD. Es una de las cosas que me tienen sin cuidado.

OLIVIA. (Le coge las dos cosas.) El señor Crane le buscaba, señor Bradford.

BRADFORD. Es verdad; lo había olvidado. Queden con Dios. (Al marcharse, Olivia le echa harina en la ropa.)

OLIVIA. (Se asoma á la ventana y al pasar.) Supongo, señor Bradford, que disculpará este pequeño arrebato de Jack; si se lo contara al señor Crane saldríamos perdiendo todos...

CRANE. (Fuera.) ¡Hola! Bradford, le buscaba á usted. (Aparece con Cora.)

BRADFORD. Me lo acaban de decir y salía en su busca.

CORA. ¿Pero qué tienes en la cara?

CRANE. ¿Se ha metido usted en la carbonera?

BRADFORD. (Mirando colérico á Olivia.) ¡Cómo! ¿Qué dice?

CORA. Cualquiera diría que la hornilla te ha dado un beso. (Le limpia con su pañuelo.) Ya estás limpio. ¿Pero qué has ido á hacer para ponerte así?

BRADFORD. (Muy azarado.) No sé, no sé cómo puede haber sido. (De repente á Crane.) Me alegro verle porque tengo algo importante que decirle.

CRANE. A sus órdenes.

BRADFORD. Le agradeceré que despida á Juan en seguida; me ha insultado.

CRANE. ¿Cómo es eso?

OLIVIA. (A Bradford.) No es eso lo convenido; pero puesto que lo quiere, sea. El señor Bradford, que á más de su carrera de abogado deseaba, por no aburrirse junto á ustedes, adquirir nociones de cocina (Bradford quiere hablar y Crane le impone silencio.), frecuentaba más de lo debido para un verdadero señor estos dominios exclusivamente míos. Mi hermano se ha apercibido y con el comedimiento más absoluto se lo ha hecho notar.

BRADFORD. (Indignado.) Me ha dado á entender que si venía era con objeto de enamorar á Mary.

OLIVIA. Si le place, podía decir: á la señorita Mary; es más correcto para dicho por un señor abogado, y suena mejor que Mary á secas, lo cual deja suponer que entre nosotros existe ya alguna confianza.

CRANE. Me parece que Juan se ha excedido al suponer que una persona tan respetable por su edad y condiciones venía á la cocina á hacer el amor á la cocinera. Pero en realidad, amigo Bradford, ¿qué le traía por aquí?

BRADFORD. Yo no quería decir nada; pero puesto que desea una contestación categórica, se la daré. Me paseaba por el jardín cuando vi salir de esta parte de la casa un individuo, al que no

conocí por haberle visto solo de espaldas, y por cerciorarme de si la cocina estaba sola ó si era el amor de alguna de estas señoritas, vine hacia aquí, y pude escuchar ciertas apreciaciones muy poco halagüeñas para toda mi familia. Napoleón hablaba con cierto desprecio de mí calificándome de tío. (Ante la protesta de Olivia.); pero no en sentido de pariente, señorita; ya lo sabe usted.

CRANE. Bueno, esto queda solucionado despidiendo al muchacho. Ya lo sabe, Juan que recoja su ropa y desaparezca de mi vista.

PABLO. Está bien, señor.

CRANE. Y ahora necesito hablar con la cocinera.

PABLO. ¿Aquí, señor?

CRANE. Ciertamente.

PABLO. Voy á despedir á Napoleón, con su venia. (Crane le indica que salga y sale por la derecha.)

BRADFORD. Yo si no me necesita iré á dar un paseo.

CRANE. Sí, que hace una mañana magnífica.

CORA. Y yo te acompaño, así te aburrirás menos. (Le coge del brazo y salen.) Hasta ahora, Crane.

CRANE. Adiós. (Al acompañarlos á la puerta ve el pañuelo en la silla y asomándose por la ventana se lo da.) Su pañuelo, Bradford.

BRADFORD. (Lo mira y se lo devuelve.) No, no tiene mis iniciales. Vea, R. W. (Crane las mira y se le guarda; se apoya en el respaldo de una silla.)

OLIVIA. (Como si no hubiera oído nada continúa sus preparativos.) Me alegro que al señor nó le importe hablarme en la cocina porque se hace tarde y tengo que hacer la tarta para postre, luego ponerla al horno... (Durante la conversación y con gran precisión hace una tarta, empanadas, pasteles, lo que á la artista le sea más fácil hacer, el caso es que mientras hablen esté trabajando en un plato de repostería que una vez hecho meterá en el horno.)

CRANE. ¿Supongo que se figurará lo que vengo á decirla? Estoy muy molesto.

OLIVIA. (Con gran ingenuidad y mirándole acongojada á la cara.) ¿Le ha sentado mal el desayuno, señor?

CRANE. Me ha sentado perfectamente; lo que me ha molestado es lo ocurrido después de tomarle.

OLIVIA. ¿Supongo que al señor no se le ocurrirá pensar que obligo al señor Bradford á pasarse horas enteras en la cocina?

CRANE. No se me ocurre, en efecto. Lo que no podía ocurrírseme es que recibiera visitas tan de mañana.

OLIVIA. El que ha venido puede creerme el señor que no ha sido tampoco llamado por mí.

CRANE. Esto me da lugar á pensar que este departamento en mi ausencia es sitio de disipación. Ya sabía que en Virginia las muchachas son amigas de noviazgos con todas sus consecuencias.

OLIVIA. (Mirándole sonriente.) No es regla general. ¿El señor viene de New York?

CRANE. (Acercándose á la mesa.) No sé qué tiene que ver...

OLIVIA. Según los periódicos, New York está lleno de ladrones que cometen á diario las mayores atrocidades, yo lo sabía, y sin embargo, por venir el señor de allá no se me ha ocurrido ni por un momento que pudiera ser uno de ellos.

CRANE. (La mira asombrado de la deducción, ella sigue trabajando.) ¡Qué modo de deducir!

OLIVIA. ¡A ver...! En Virginia las jóvenes son aficionadas á novios con. . todas sus consecuencias, como dice el señor; viene á esta casa y en el momento que le dicen haber visto salir un hombre de la cocina, se imagina el señor que las famosas orgías de los cabarets son chicas comparadas con la que se debe haber celebrado en su casa...

CRANE. (Más humanizado.) Bueno, señorita Mary, sepa que detesto los abrazos y los besos, y me fastidiaría saber que las jóvenes á mi servicio

se habían... dejado hacer, y por extraños mucho menos.

OLIVIA. Completamente de acuerdo con el señor... Cuidado no le manche... (Se aparta Crane un poco.) Y ya que el señor es tan amable que consiente en venir á hablar con su cocinera, me voy á permitir hacerle una pregunta. Yo entiendo que el hombre que está siempre constantemente asediando á una muchacha decente y honrada, que en sus conversaciones la deja entrever que le gusta, si no va con intención de casarse con ella no debe insistir, y comprendiendo que la muchacha no puede admitir otra cosa, debe retirarse, ¿no es así?

CRANE. (Con gran energía y apoyándose en la mesa, y dando golpes para apoyar su idea.) Desde luego, no cabe duda, y el que se conduzca de otra manera es una mala persona.

OLIVIA. (Al ver que se mancha.) ¡Ay, ya se ha manchado usted! (Riéndose.) Eso es lo que se saca de las cocinas. (Crane va á la fuente y se lava, ella le da un paño y se seca.) Perdone el señor, pero no puedo darle otra cosa.

CRANE. (Riendo.) Está bien, está bien. Todo en esta cocina está tan limpio que da gusto mancharse por el gusto de utilizar algo de ella. Y es muy alegre, no me había fijado. (Le da el paño y al tomarlo ella la coge las manos; ella chocada le mira y se ríe ingenua.) Dígame la verdad, ¿le quiere usted?

OLIVIA. (Asombrada.) ¿A quién?

CRANE. Al que Bradford vió salir de aquí.

OLIVIA. Si yo no tengo novio, señor, créame, no me parezco en nada á las muchachas de Virginia. No debo gustarles á los hombres, porque ninguno me ha dicho una palabra de amor todavía. Eso sí, como me guste el primero que me hable enamorado, ya puede decir que será feliz toda su vida.

CRANE. (Atrayéndola y mirándola á los ojos.) ¡Qué dice usted, Mary!

OLIVIA. (Riendo se suelta.) ¡Qué cabeza la mía! Hablando tonterías y la masa pasándose... (La trabaja.) El señor me va á permitir que interceda por Napoleón. (Con las manos llenas de masa acciona mientras le mira á la cara.) Si el señor le conociera sabría que es un buen muchacho.

CRANE. (Sonriente.) Lo mismo me dijo usted el otro día de Alicia, cuando la señora Bradford se me quejó de una contestación que la había dado, Alicia es una buena muchacha.

OLIVIA. Como se lo digo de Jack, que es bueno.

CRANE. (Riéndose de la seriedad con que habla Olivia.) Según eso, para usted todo el mundo es bueno, ¿no es así?

OLIVIA. Y lo es, sí, señor. Observe usted, son las circunstancias únicamente las que á un individuo bueno le obligan á dejar de serlo. No se puede tratar con desabrimiento á la persona que cumple perfectamente con su deber. No se debe contestar con una grosería á quien se dirige á otra llena de atención y miramientos, á la que es correcta en todo momento. No se puede ser así, no, señor, so pena que el amor propio de la persona agraviada proteste. Si los que insultan por gusto se parasen á pensar los sinsabores por que habrá pasado el inferior que le sirve (Con la voz temblona.) seguramente guardarían más consideraciones. (Crane la mira atento.)

CRANE. Mirada la cuestión bajo ese aspecto, tiene usted razón.

OLIVIA. Eso creo. Y refiriéndome á la señora Bradford diré que ha llegado con retraso á este mundo; en tiempo de la esclavitud hubiera estado en su centro. Desde que ha llegado cree estar entre seres inferiores y nos mira con un desprecio que no puede sentar bien, porque aun-

que no de su clase, cada uno de nosotros tenemos nuestra alma en nuestro almario.

CRANE. (Serio.) Muy justo, muy justo.

OLIVIA. Y á mí no me quita nadie de la cabeza que esa señora también debe ser buena á ratos. (Crane se ríe.) ¡Ah! no lo quepa duda que es buena.

CRANE. Según eso, ¿usted no odia á nadie?

OLIVIA. (Con una sonrisa de bondad.) ¿Para qué? ¿Para tenerme que arrepentir á última hora? No vale la pena de llevar esa carga toda la vida.

CRANE. Lo que observo es que se expresa usted muy bien, señorita Mary.

OLIVIA. Si llama usted expresarse bien á la sencillez y tosquedad de la campesina, tiene usted razón, me expreso bien.

CRANE. (Con ímpetu.) Pues es usted una campesina...

OLIVIA. (Que se le vé venir.) Cuidado, señor, que mancho. (Se oyen dos golpecitos en la puerta de la derecha.) Alguien viene.

CRANE. (Se separa y muy digno.) Adelante.

PABLO. La señora Bradford pregunta por el señor, han llegado cartas.

CRANE. Muy bien, ahora voy.

PABLO. Napoleón está recogiendo su ropa, señor.

CRANE. (Fingiendo una gran preocupación.) Dejemos eso de Napoleón, que continúe, que se deje ver lo menos posible. Encárguele que hable poco y no se meta con nadie, y usted mismo...

PABLO. El señor me...

CRANE. (Despidiéndole con el ademán.) Basta. (Pablo se inclina y sale. Crane se queda ensimismado viendo trabajar á Olivia.) ¡Es curioso cómo maneja usted la masa!

OLIVIA. ¡Y si supiera el señor lo agradable que es trabajarla! ¡Es tan fina, tan suave! Lo mismo se hace una tarta que un pastel, que una oveja, un polichinela, lo que se quiere, esto cuando la masa es buena; cuando es agria

escuecen las manos, se corta y no sale de ella nada bueno.

CRANE. Van á estar muy buenos esos pasteles, como todo lo que usted hace, Mary. ¡Ah!, perdone, señorita Mary.

OLIVIA. (Yendo al fogón y mirándole sonriente.) Usted puede llamarme como quiera; usted es el señor.

CRANE. (Va á la silla por su sombrero.) ¡Ah!, ¿el señor tiene ese privilegio?

OLIVIA. (Con sencillez.) Por aquí es la costumbre; cuando servimos, el señor, cuando nos casamos, el marido.

CRANE. (Le mira entusiasmado y en la puerta del foro.) Así debe ser. Bueno; hasta luego, Mary.

OLIVIA. A sus órdenes, señor. (Desaparece Crane.)
El sol en las alturas, cómo calienta,
y á mí su calorcillo ¡qué bien me sienta!

CARLOS. (Entra por la derecha.) ¡Qué contenta estás!

OLIVIA. No tengo motivo para estar triste; gracias á mí os vuelvo á tener á todos á mi lado; me parece que el motivo no es para llorar.

CARLOS. Eso me ha dicho Pablo, que me han indultado.

OLIVIA. Así es.

CARLOS. Y debes ser tú la que lo ha conseguido. (La da un abrazo.) Gracias, gracias.

CRANE. (Entra á tiempo de verlos; recoge sus guantes muy serio, y ante la pregunta muda de Olivia.) Me había olvidado los guantes. (Desaparece.)

OLIVIA. (En voz baja.) Mira, Carlos, no seas tan expresivo; en la casa debemos estar como extraños los unos á los otros, es decir, ya no ha habido más remedio que confesar que Pablo y yo somos hermanos, para salvarle, pero no es cosa de descubrirnos por una tontería. (Timbre.) Anda, ve á ver lo que quiere la señorita.

CARLOS. (Dando un resoplido.) Esta es otra. (Saca un billete del bolsillo.) Mira lo que me acaba de dar para

mostrarme su agradecimiento por lo bien servida que se encuentra.

OLIVIA. (Le da un golpecito en el hombro.) Nuestro amor propio ya sabes donde está, en Viena. (Le empuja hacia la puerta y sale, ella se entra en la despensa.)

BENET. (Aparece asustado por el jardín mirando lejos, y de pronto, dando un salto entra por la ventana, se detiene y examina el lugar donde se encuentra.) ¡Una cocina! ¡Y no tiene puerta! (Mira á su alrededor.) Digo, sí la tiene, pero con el pánico que traía no la he visto. (Al ver á Olivia.) ¡Una mujer! ¡Estoy perdido!

OLIVIA. ¿Quién es usted? ¿Qué hace usted aquí? Vamos, hable.

BENET. ¿Usted es la cocinera?

OLIVIA. ¿Quién quiere usted que sea?

BENET. La verdad; yo esperaba ver una cocinera, pero no tal cocinera.

OLIVIA. Déjese de historias, y explíquese ó llamo.

BENET. No, que vendrá la fiera. Es evidente que usted necesita saber lo que yo vengo á hacer á esta cocina. (Olivia asiente.) Pues bien; vengo á que me auxilie usted, no puedo más.

OLIVIA. ¿Tiene usted debilidad? Le daré caldo. (Va al fogón, Benet la detiene.)

BENET. No, corazón bondadoso, porque le tiene usted bondadoso. Ahora conozco que me ayudará.

OLIVIA. ¿Pero, á qué?

BENET. Me llamo Tomás Benet. ¿Es que no le suena mi nombre? ¿No le ha oído pronunciar nunca por estos lugares?

OLIVIA. Confieso que no.

BENET. A quien conocerá es á la señorita Cora Bradford. (Olivia asiente.) Es mi novia.

OLIVIA. ¿Pero yo creí que lo era del señor Crane?

BENET. Eso quisiera mi futura suegra, pero ni Cora ni Crane se gustan, en cambio yo le gusto á Cora; por eso, á pesar de su madre, soy

su novio, y á eso vengo. (Saca una carta.) Necesito que llegue á su poder esta carta (Saca un dólar) y espero que mediante este modesto estipendio usted hará el favor de ponerla en sus manos.

OLIVIA. (Coge la carta y rechaza el dólar.) Se la daré gratis, descuide.

BENET. No me lo niegue usted; usted está enamorada; cuando una mujer se presta gratis á tal comisión, es que su corazón no es suyo. Un enamorado solamente es capaz de semejante acción desinteresada. ¡Oh, gracias, gracias! (Olivia va á inspeccionar todo lo del fogón, Benet mira por la ventana, y horrorizado mira donde ocultarse entrando en la despensa y cerrando. Olivia al volverse ve que no está, mira la puerta de la despensa y al ir á abrirla aparece por el foro la señora Bradford.)

SEÑORA. Mary, haga el favor de darme la botella del alcohol, he vertido la maquinilla y se ha perdido el que me echaron antes.

OLIVIA. Con mucho gusto, señora. (Abre la despensa y hace señas á Benet que se esté quieto.) Tome la señora. (Le da la botella.)

SEÑORA. Gracias. (Al salir por la derecha aparece Isabel dispuesta para salir, con sombrero y poniéndose los guantes.)

ISABEL. (Asomándose por la ventana.) Si preguntan por mí, que he salido, me envía la señorita á compras.

OLIVIA. Vé con Dios. (Desaparece Isabel. La señora ha estado mirándola asombrada, se asoma á la ventana y lanza exclamaciones.)

SEÑORA. ¡Habráse visto descaro parecido! ¡Es el colmo de la procacidad! ¡Si no lo viera, no lo creería! (Olivia la mira burlona.)

CRANE. (Entra serio; pero como el que viene de hacer un encargo urgente.) Oigame, señorita Mary.

SEÑORA. (Yendo á él rápida.) Amigo Crane, esto es intolerable. (Indicándole por la ventana á Isabel.) ¿Ve usted á Alicia la doncella? Pues tiene la desfachatez de llevar puesto uno de los mejores

sombreros de Cora. (Asombro enorme de Olivia.)

CRANE. (Sale rápido al jardín y fuera llama.) Alicia, Alicia... Venga, haga el favor. (Vuelve á la cocina.) Nadie sabe lo que me pesa no haber aceptado el servicio negro que me proponían los propietarios de la casa. Seguramente con ellos no tendría los disgustos que tengo con ustedes. (Entra Isabel y se queda parada, la señora va á ella y la examina detenidamente.)

SEÑORA. No me cabe duda, Crane, es el mismo, un modelo que pagué 45 dólars por él á principio de estación en New York. (Isabel mira á su hermana que la indica que se calle.)

CRANE. (Con severidad.) Señorita, ¿me quiere decir con qué derecho se ha permitido coger un sombrero que no era suyo?

ISABEL. (Muy asombrada mira á todos.) ¡Que yo he cogido...! ¿Pero qué dicen ustedes? Este sombrero es mío.

SEÑORA. (Que no deja de dar vueltas á su alrededor.) ¡Y tiene la osadía...!

OLIVIA. La señora debe estar confundida, este sombrero se le regalaron á mi hermana las señoritas de... Croset Bilington antes de marcharse, no lo dude la señora.

CRANE. (A la señora.) Debe usted equivocarse, amiga mía, no creo que Alicia se atreviese...

SEÑORA. Le digo á usted que no. En la tienda me dijeron que en New York no encontraría otro igual, por eso me cobraron más caro. Este sombrero es el de Cora y va usted á hacer el favor de quitárselo inmediatamente.

ISABEL. (Con altanería.) ¡Yo qué me voy á quitar, señora...! Y vea lo que dice, porque en este país no se trata á la gente de ladrona impunemente.

SEÑORA. (Rabiosa.) ¿Oye usted, Crane? Y encima me amenaza...

CORA. (Llega corriendo por el jardín y mira por la ventana,

viene con un sombrero exacto al de Isabel.) Pero Crane, ¿dónde se mete usted, que le estamos esperando? (Todos se quedan admirados.) ¿Qué pasa, por qué me miran ustedes?

ISABEL. (Con sonrisa irónica.) ¿Lo ve usted, señora? ¿Qué debía yo hacer?

SEÑORA. Pasa. (Entra Cora y la señora examina el sombrero con gran extrañeza de Cora.) ¡Es extraordinario! Completamente iguales.

CORA. ¿Pero me queréis explicar...?

CRANE. (Venciendo su seriedad y sonriendo.) Vea el sombrero de Alicia.

CORA. (Se fija y se ríe.) ¡Es curioso! La felicito, señorita, lleva usted uno de los modelos más caros de la temporada.

ISABEL. La señora pretendía que se lo había quitado á la señorita.

CORA. ¡Oh, mamá, por Dios! ¿Cómo has podido decir semejante cosa á Alicia...? (Con gran cariño y cogiéndola las manos.) Me hará el favor de dispensar... (Olivia en un momento la enseña la carta, que se guarda en seguida. Cora la mira sorprendida y ella se hace la distraída.)

SEÑORA. (Con retintín.) Es usted feliz al tener amigas que la regalen sombreros de 45 dólars. (Va á salir y se equivoca, y abre la despensa y da un grito.)

CRANE. ¿Qué pasa?

SEÑORA. (Con ironía.) Nada, que he descubierto el almacén de las conquistas de estas señoritas

OLIVIA. (A Cora que se acerca, la da la carta y la dice.) Está ahí.

CRANE. (Ha ido á la despensa y ha abierto la puerta.) Salga usted, haga el favor.

CORA. ¡Tomás Benet!

BENET. (Se quita muy atento el sombrero y dá la mano á Cora como si estuviera ella sola.) ¿Cómo está usted, Cora?

SEÑORA. (Accionando con la botella.) ¿Pero este es el poeta?

¿Este es Tomás Benet? (A Crane.) ¿Me quiere usted decir qué significa esto?

CRANE. No sé, estas señoritas lo explicarán. (A Cora.) ¿Parece ser que conoce usted á este caballero?

CORA. (Con gran tranquilidad.) Amigo Crane, tengo el gusto de presentar á usted al señor Benet, mi novio.

SEÑORA. ¡Qué escucho! ¡Su novio!

BENET. (Después de dar la mano cordialmente á Crane, que se sonríe.) Si había algún sitio en el mundo donde podía estar seguro de no encontrar á la señora Bradford, era esta despensa. No me ha valido; me rindo. Y lo curioso, señor Crane, es que esta venerable anciana me odia sin conocerme; ya usted la ha oído.

SEÑORA. (Deja la botella en la mesa.) Este hombre persigue á Cora con el pretexto de casarse con ella; huyendo de él, acepté su amable invitación, pensando en recluirnos en esta casa, pues hasta aquí ha venido. Como no permito á mi hija que se case con él ni que haya entre los dos el menor trato, señor Crane, muchas gracias por su hospitalidad, en este momento nos marchamos. (Va á la puerta de la derecha.) Cora, sígueme. (Cora, después de mirar compasivamente á Crane, sale con su madre.)

BENET. (Con gran corrección.) Señor Crane, ya se habrá hecho usted cargo de la situación... Usted perdone que haya venido á turbar su tranquilidad.

CRANE. (Riendo.) No se preocupe; yo haré por impedir la marcha y podrá usted hablar con Cora.

BENET. No conoce usted á esta señora; ha dicho que se marcha y sale de aquí como si se la llevara el diablo. Y después de todo, usted dirá que huye de un criminal, de un sinvergüenza; no, señor: yo soy un hombre de posición; no soy rico, pero gano con mi trabajo lo su-

ficiente para tener decorosamente á Cora, si me caso con ella, que ya lo dudo.

CRANE. (Riendo.) Pero parece ser que es usted poeta, y la señora Bradford no los puede soportar.

BENET. (Riendo también.) He hecho versos como todo el mundo; pero no es ese mi modo de vivir. Actualmente dirijo el «Anuario de Economía y Estadística de los Estados Unidos»; los versos los escribo como antídoto. Ahora estoy en casa de los Randolfs, sus propietarios, muy cerca de aquí, que le podrán dar referencias mías. (Isabel habla bajo con Olivia, que se ríe con ella, y la acompaña á la puerta, saludándola con la mano cuando se supone que se aleja.)

CRANE. (Poniendo á Benet la mano en el hombro cariñosamente.) Bien, bien; pues vuelva esta noche á cenar conmigo, y hasta entonces yo intentaré hacer entrar en razón á la señora Bradford.

BENET. (Con un apretón de manos.) Mil gracias por su ofrecimiento; pero dudo que lo consiga. Hasta la noche. Señorita... Permítame que le felicite por su cocinera; hasta ahora no me había fijado... (Sale de prisa.)

OLIVIA. (Con una sartén, acercándose al fogón; Crane saca á hurtadillas el retrato que había en el primer acto sobre la chimenea, le mira y mira á Mary; le guarda, y ella, al ver que la mira, se mira á ver si tiene algo de particular; luego le mira á él, y por hacer algo, se ríe; él continúa serio; entonces ella sigue en su trabajo.) ¡Qué me mirará!

CRANE. ¿Sabe usted, señorita, que me parece que mañana no me amanecerá en esta casa?

OLIVIA. (Aterrada se vuelve.) ¿Qué dice usted?

CRANE. Decididamente, la vida de campo no me va; encuentro en ella demasiadas complicaciones.

OLIVIA. Pero ¿y el contrato que tiene usted firmado?

CRANE. (Con indiferencia.) Lo rescindo; pagaré á Weeck los días que he estado, me reembolsará el resto y á New York de nuevo.

OLIVIA. (Aterrada da un paso hacia él.) Usted no hará eso.

CRANE. (Interesado.) ¿Por qué, señorita?

OLIVIA. (Queriendo despistar se sonríe.) No, por nada... yo creí que teniendo un contrato firmado... había que cumplirlo.

CRANE. (Riendo.) Tonterías, si se cumplieran todos los contratos que se firman, ¿qué sería de los pobres abogados? Si los propietarios no se conforman, pleitearemos, un pleito es siempre una distracción. Eso sí, le diré una cosa, señorita Mary, si me marcho creo que la voy á echar mucho de menos. Quiero decir, sus guisos, en mi vida he comido como me dá de comer usted. (Ella se vuelve á su fogón.)

OLIVIA. ¡Yo que tenía hechos los menús de las cinco semanas!

CRANE. (Acercándose á ella.) Se los servirá á los Copperfield cuando vengan.

OLIVIA. (Le mira muy seria cara á cara.) Cuando vengan...

CRANE. (Afectuoso.) ¿Qué le pasa? Se ha puesto súbitamente triste. ¿Tiene algo que decirme? Olvide por un momento que soy el señor y dígalo, en mí encontrará un amigo capaz de comprenderlo todo, de aconsejar. (Olivia mueve negativamente la cabeza.) ¿Está usted segura de que no tiene nada que decirme?

OLIVIA. (Moviendo siempre la cabeza.) Nada, no, señor.

CRANE. (Yendo hacia la puerta.) En ese caso...

OLIVIA. (Decidida cuando le vé en la derecha.) Es decir... ya que es usted tan amable...

CRANE. (Se acerca.) Veamos...

OLIVIA. (Dudando y vacilando á cada paso.) Supongamos que usted tiene un gran cariño á una persona... y esa persona está enferma, gravemente enferma... usted idea un plan para salvarla y cuando lo está llevando á cabo todo se deshace. (No puede seguir porque se ahoga y no quiere darlo á entender.)

CRANE. (Con interés.) Bien. ¿Y qué?

OLIVIA. (Después de mirarle se sonríe.) No, nada, usted perdone, señor Crane, no sé lo que me digo. (Riéndose.) No sé lo que me digo.

CARLOS. (Corriendo por el jardín.) Un telegrama, un telegrama. (Al ver á Crane se queda parado.) Usted perdone. (Olivia tiene un movimiento para cogerle, pero se contiene.)

CRANE. De nada. (Mira á los dos y sale por el foro.)

OLIVIA. (Lo coge rápido, va á abrirlo y no se atreve.) ¡Dios mío!

CARLOS. Acaba de una vez. (Crane se asoma por la ventana, los mira sonriendo é interesado.)

OLIVIA. Tengo miedo, Carlos. (En voz baja. Con mano temblona le abre y los dos miran curiosos.) «Operado ayer con éxito, grandes esperanzas, á las veinticuatro horas sabremos resultado definitivo. Telegrafiaré. Abrazos. Madre.» (Se miran los dos hermanos y se abrazan llorando.) ¡Si Dios quisiera...!

CARLOS. (Dándola golpecitos cariñosos en la espalda.) Dios querrá, Olivia, Dios querrá. (Crane los mira sonriente y mueve compadecido la cabeza.)

TELÓN



ACTO TERCERO

Comedor en casa de los Copperfield. A la izquierda dos ventanas de guillotina que abren sobre un mirador corrido. Al foro puerta que da al hall. A la derecha, segundo término, puerta que comunica con la cocina. En esta puerta habrá un biombo que impida ver la habitación al abrir la puerta. Saliendo de la cocina á la izquierda, una mesa para dejar el servicio. En el centro del comedor mesa para cuatro personas. Lámpara en el techo. Aparador sencillo pero elegante aunque de estilo antiguo, entre las dos ventanas.

Al levantarse el telón están sentados á la mesa Crane frente al público, Benet á la derecha y Rodolfo á la izquierda. Están terminando de cenar. Pablo se mantiene cerca del biombo mirando atento á la mesa por si falta algo.

BENET. Ya sabía que sería completamente inútil su intervención, señor Crane, conozco bien a la señora Bradford.

CRANE. De veras que se ha mostrado irreductible, pero esto no me preocupa, lo principal es que cuente usted con Cora. Además he guardado mis baterías para el último momento. (A Pablo.) ¿Continúa arriba el señor Bradford?

PABLO. Escribiendo en el despacho del señor.

BENET. Ese es otro asunto que le preocupará, señor Crane.

CRANE. No lo crea, Bradford ha sido mi abogado durante diez años y he estado muy á gusto con él, es cierto, pero sus procedimientos son anticuados, es lento en la concepción de sus réplicas, es una rueda usada que había que reponer y no reponía por nuestra amistad. Hoy me proporciona ocasión de prescindir

de sus servicios por el repentino viaje que ha de emprender á Inglaterra donde según él ha de estar un año; de ese modo conservo el amigo y me haré con un abogado á mi gusto.

RODOLFO. ¿Y sigue usted en la intención de abandonar mañana este retiro?

CRANE. No sé, lo pensaré esta noche y me parece que me decidiré por la partida, pero todo lo que pudiera decir es prematuro. (Pablo cambia los platos y echa vino á todos.)

BENET. ¿Y dice usted que Cora lloraba al marchar?

CRANE. Todos los enamorados son iguales... Sí, lloraba de rabia por no poder matar á su madre que la separaba del ser amado.

BENET. ¡Pobre Cora! Sujeta á esa madre ambiciosa que sólo ansía dinero para poder mantenerse en la posición que siempre ha ocupado y en la cual actualmente no hace más que tambalearse. (Poniendo platos para el postre Pablo.)

CRANE. ¿Según eso conoce usted á los Bradford hace años?

BENET. A Cora desde que estábamos en el colegio, y digo estábamos, porque yo recibía mi educación en Tammany Hill y ella en Begam Hill, dos colegios á los que separaba solamente una tapia. Todos los muchachos nos comunicábamos con las educandas del de al lado por encima de la susodicha tapia, y cuando salían las promociones una vez traspuestas por ambas las verjas sólo se veían parejas que se dirigían presurosas á la estación. Y si dijera que los inquilinos de aquellos pensionados eran los más constantes de todas las repúblicas, porque sé de muchos, casi todos, que continúan en compañía de la que salió con ellos del colegio, se han casado. El amor jurado entre espinos y rosas y sellado con besos juveniles ha podido más que el tiempo. Vea si no á Cora, seis años han pa-

sado desde que salimos del colegio y hoy que me ha visto llora como una colegiala que la separasen de su muñeco.

CRANE. Muy poético y muy bonito; se ve en usted al fabricante de versos, amigo Benet, constancia y el porvenir es suyo.

BRADFORD. (Con el abrigo al brazo, la gorra de viaje en la mano y una carta, aparece en la puerta del foro.) Querido Crane, he terminado y me marcho.

CRANE. (Mira el reloj.) ¿Pero usted sabe la hora que es? Tiene que tomar el otro auto, en el mío se fueron las señoras. ¿Sabe usted conducir? (Negativa de Bradford.) Le llevaré yo, con permiso de estos señores, será cuestion de diez minutos. (Se levanta.)

PABLO. Si el señor me lo permite, le diré que yo puedo conducir al señor Bradford. Es un Hisparco y le conozco perfectamente.

CRANE. ¡Ah!, muy bien. Acompáñele entonces.

BRADFORD. ¡Cómo siento proporcionarle tanta molestia! ¿Pero quién les servirá la comida?

CRANE. No se preocupe, para lo que queda, la misma Mary se encargará. (Sale Pablo que estaba colocando los postres.)

BRADFORD. (Riendo á Benet.) ¿Quiere usted algo para mi sobrina?

BENET. Ya que es usted tan amable, si quiere darle mis recuerdos y encargarla que no desmaye, que todo se arreglará.

CRANE. ¡Ah!, es verdad, se me olvidaba. Diga á su señora hermana de mi parte, que todo está arreglado, que el señor Benet le da palabra de no hacer más versos, y que uno de estos días tomará posesión de la dirección de una casa editorial de New York. Es mi regalo de boda á Cora. Doce mil dólars de sueldo que tendrá su marido, el aquí presente Tomás Benet, en el supuesto que acepte.

BENET. ¿Pero qué dice usted?

CRANE. Entre los varios negocios que tengo, hay ese, el director que tenía murió dos días antes de salir yo de New York, usted puede reemplazarle.

BENET. (Abraza á Crane.) ¿Y usted cree que con esto se ablandará la madre?

CRANE. Eso corre á cargo de Bradford que me telegrafiará mañana con el asentimiento de su señora hermana para la boda

PABLO. (De automovilista.) Cuando el señor guste.

BRADFORD. Amigo Crane, gracias por su amabilidad y perdone lo que le hayamos podido molestar con nuestras intemperancias.

CRANE. No se ocupe de eso.

BRADFORD. (Dando la mano á todos.) Ya les escribiré desde Londres poniéndome á su disposición. (Sale de la cocina Olivia con una bandeja y tres copas con helado.) Señorita Mary, aprovecho la ocasión para despedirme de usted (Saca billetes de la cartera y se los da.) y entregarla este recuerdo para que lo reparta entre sus compañeros.

OLIVIA. (Hace una genuflexión.) Tantas gracias, señor Bradford, quedo como su humilde servidora.

BRADFORD. (Saliendo con Pablo.) Señores, hasta la vista.

TODOS. Adiós, Bradford. (Crane va á una de las ventanas, levanta la guillotina, los otros le acompañan, se encienden unos focos de auto que dan la vuelta, se oyen saludos, más lejos la bocina, Crane se sienta y los demás también. Olivia ha servido los helados y está de pie junto al biombo.)

CRANE. Perfectamente, ya hay algo arreglado. Ahora le toca á usted, amigo Weeck.

RODOLFO. Si va usted á hablarme del contrato de la casa, es inútil, señor Crane, ya le he dicho que está redactado de tal modo, que es imposible la rescisión en la forma que usted desea. Además, todas las condiciones fueron discutidas y aceptadas por usted y el señor Bradford como su abogado. Es evidente que

si le place mañana puede dejar la casa, pero me veo imposibilitado de devolverle un solo centavo de la cantidad que dió como pago de su alquiler

CRANE. Usted está hablando como administrador ó apoderado de los Copperfield, pero si yo desde este momento le nombro mi abogado en la plaza de Bradford es evidente que mañana encontrará razones en contra de la opinión que hoy sustenta. (Olivia los mira asustada, Crane de reojo sigue la escena.)

RODOLFO. Es un honor muy grande el que me hace al proponerme para ocupar cargo de la responsabilidad...

CRANE. No lo deje por el sueldo, amigo Weeck.

RODOLFO. No puedo admitirlo por motivos de delicadeza, conozco á los Copperfield de toda la vida, les tengo que agradecer sinnúmero de consideraciones y sería en mi una... canallada si desertara del puesto de confianza que me confiaron en su ausencia.

CRANE. Así, pues, ¿no acepta usted?

RODOLFO. Ya le digo, me veo imposibilitado y lo siento porque es mi porvenir que pierdo, pero hay algo que me obliga á rehusar su oferta.

CRANE. Como si lo viera, una mujer.

RODOLFO. Tal vez una mujer, pero ante todo, es mi conciencia, señor Crane.

CRANE. Entonces habrá de entendérselas con el abogado que nombre.

RODOLFO. Me encontrará en mi puesto. Y ahora, si usted me lo permite, me veo precisado á abandonarle; recuerdo que he de poner un radio... (Se levanta y le dá la mano.)

CRANE. (Le mira sonriente, le dá la mano y le obliga á sentarse.) No tiene usted que poner ningún radio, ni tiene que hacer nada más que tomar café tranquilamente y fumarse un puro. ¡Caramba, caramba, qué quisquillosos son ustedes en

Virginia, nunca lo hubiera creído! Y orgullosos como demonios... Se ve que es usted paisano de la señorita Mary... En cuanto se les propone algo incorrecto, cómo se ponen. ¿Qué le parece de esto, amigo Benet?

BENET. Yo... yo no puedo hablar, soy el director de su editorial...

CRANE. (A Olivia que está preparando la máquina del café detrás del biombo.) Y la señorita Mary, ¿qué opina del proceder del señor Weeck, su amigo?

OLIVIA. (Muy azorada.) ¡Si... el señor fuera tan amable que me diera una cerilla! Jack se ha llevado las suyas y yo no tengo.

CRANE. (Muy serio se levanta, saca una cerilla y enciende la cafetera que coge Olivia para llevarla á la mesa, va á pasar y la detiene Crane.) ¿Está usted segura de que todavía no tiene nada que decirme? (Olivia le mira asombradá.) ¿Un consejo que solicitar? ¿Nada?

OLIVIA. (Tratando de pasar.) No, no, señor; ¿qué voy á necesitar? (Se aparta Crane y ella pasa.)

CRANE. (Ya estoy seguro.) (Antes de sentarse, al pasar al lado de Rodolfo, le pone cariñoso la mano en el hombro.) Amigo Weeck, desde este momento queda usted nombrado para ocupar la plaza de Bradford. (Se sienta, y Olivia, que volvía de la mesa á la cocina, se para emocionada y tiene que reprimir un grito.)

RODOLFO. Yo le estoy sumamente agradecido. ¿Usted cree que podré cumplir dignamente? (Crane asiente sonriente.) Bueno; pero el asunto de los Copperfield...

CRANE. Lo entrego en sus manos; usted les escribe amistosamente, exponiéndoles el caso, y como supongo que esa familia no ha de llevar su intransigencia hasta último extremo, siempre conseguiré que no me cueste 5.000 dólars mi estancia aquí ocho días.

RODOLFO. (Pensativo.) Yo haré lo posible; pero no respondo.

CRANE. (Sirviendo el café; Olivia pasa la caja de cigarros, cambiando una mirada de apuro con Rodolfo.) Con intentarlo nada se pierde, y después de todo, por haber conocido una cocinera como esta señorita, bien se puede pagar ese dinero. (Olivia le ofrece sonriente el fuego para encender.) A propósito, Weeck: este pañuelo debe ser suyo. (Saca el de segundo acto.)

RODOLFO. ¡Mío!

CRANE. Vea sus iniciales.

RODOLFO. En efecto, es mío; no sé cómo he podido dejármele. Tantas gracias.

CRANE. Me le encontré esta mañana en la cocina.

RODOLFO. ¡En la cocina!... ¡Ah, sí, ya recuerdo!... Deseo comprar una heladora buena, y suponiéndome que los Copperfield tendrían una, entré un momento... y por cierto que el helado estaba riquísimo. (Mirando á Olivia.)

OLIVIA. Ya se lo dije al señor. (Lleva servicio de licor.)

CRANE. Si les parece saldremos al jardín á fumar mientras quitan la mesa y vendremos luego á tomar el licor.

BENET. Como guste. (Se levantan y salen por el foro.)

OLIVIA. (Apoyándose en una silla.) ¡Qué momentos más horribles! ¿Pero este hombre es malo? ¿Es bueno? ¿Se imagina algo de lo que aquí pasa? No sé, no sé la verdad. A qué viene si no esa insistencia... ¿Está usted segura de no tener algo que decirme? ¿No necesita usted un consejo? ¿En New York darán consejos los señores á sus cocineras? El que ha salido ganando con todo esto es Rodolfo; ya ha conseguido un buen puesto; ahora podrá casarse con Isabel (Estaba quitando la mesa y se detiene.), porque se casará, si es bueno. ¡Cómo ha defendido nuestro dinero! ¡Yo tenía un miedo!... (Recoge en una bandeja varias cosas y va á salir cuando se abre un poco la puerta de la cocina y se asoma Isabel. Olivia deja lo que llevaba en la mesa y

abraza á su hermana.) Me alegro que vengas. ¿Dónde estabas?

ISABEL. Arreglando las habitaciones de la madre y la hija. ¿Qué ocurre?

OLIVIA. Que Crane ha nombrado á Rodolfo su abogado, Bradford se va á Europa por un año y deja la plaza libre. (Ante la impavidez de Isabel.) ¡Toma! ¿Y es así como recibes la noticia? ¿No te alegras? Ahora Rodolfo podrá casarse contigo.

ISABEL. ¿Tú crees?

OLIVIA. No lo dudes, Rodolfo te quiere; nos quiere á todos. Si le hubieras visto como yo defender el contrato que Crane quería rescindir.. Yo creo que ha sido su actitud la que le ha movido á Crane á darle la plaza de Bradford. Se habrá dicho: si así defiende á sus amigos, más se interesará por los que le paguen. Anda, ayúdame á llevar esto á la cocina y podemos hablar mientras cenamos. Pablo no puede tardar. (Olivia sale; Isabel recoge el resto y coloca el servicio de licor y los vasos en los sitios; cuando va á salir oye unos golpecitos en la ventana.)

ISABEL. (Mirando fuera.) Parece que llaman. (El cristal se levanta y ella va á ver, encontrándose con Rodolfo, le ayuda á levantar el cristal.) ¿Qué haces?

RODOLFO. (Asomándose.) Estaba espiando á ver si te veía. Estoy radiante y necesitaba comunicarte un acontecimiento decisivo de mi vida. (La coge las manos.) Ya nos podemos casar, Isabel, ya tengo posición, ya soy independiente.

ISABEL. Pero Rudy, ¿me quieres verdaderamente? ¿Has pensado que soy una muchacha sin dote?

RODOLFO. Lo he pensado todo, en casarnos, en llevarnos á tus hermanos, en New York, al lado de Crane; seguro estoy de que encontraré ocupación para ellos; en casar á Olivia tan digna de suerte, en ir á buscar á tus padres

y volver casados en su compañía, en todo eso he pensado. Dime, ¿te alegras?

ISABEL. Ya se ha disparado el hombre de negocios. ¿Y has pensado si yo te quería?

RODOLFO. (Cogiéndola las manos y besándolas.) No he tenido que pensarlo, estoy seguro. Me quieres. ¿No es verdad, Isabel? (Ella asiente.) ¿Tengo ó no motivo para ser feliz?

ISABEL. Pero no hay que hablar de ello hasta que los papás estén de vuelta.

RODOLFO. Mañana se lo telegrafío, ó si no ahora, cuando salga de aquí, para que lo reciban antes. Se alegrarán como yo mismo.

ISABEL. Ahora vete, no te echen de menos. (Crane va á entrar y ve á los dos, deteniéndose.)

RODOLFO. (Espera un beso; Isabel le mira, mira si viene alguien y se lo da.) ¡Qué felices vamos á ser! (La besa las manos y se retira; ella baja el cristal, recoge lo que se iba á llevar y se dirige á la cocina; al pasar por la puerta entra Crane.)

CRANE. Señorita; ¿sabe usted si ha vuelto Jack de la estación?

ISABEL. No he oído los autos, señor.

CRANE. Gracias; vaya á cenar. (Sale Isabel por la cocina y Crane se sienta, se echa licor, saca el retrato del bolsillo y lo pone en la mesa contemplándolo.) No me cabe duda: esta es Olivia Copperfield, y la que acaba de salir su hermana Isabel, novia de Weeck. ¿Pero cómo estoy yo servido por toda la familia? Esto es lo que me falta averiguar. Olivia, mi cocinera y mi tormento, porque si en la República hay un americano perturbado por una mujer, ese americano soy yo. ¿Qué conflicto tan hondo se encerrará en esta casa para que todos los hijos de tan respetable familia hayan aceptado el puesto de criados sin una protesta, sin una demostración de desagrado? (Se queda pensativo, mirando el retrato.)

BENET. (Entrando por el foro.) Perdone usted, señor Crane; he ido á echar agua al auto temeroso de que me faltara á mitad de camino. (Se sienta)

CRANE. (Sirviéndole licor.) ¿Qué prefiere?

BENET. Un poco de coñac, si es tan amable.

CRANE. (Después de un momento.) Me voy á permitir hacer á usted unas preguntas á las que le ruego me conteste con toda sinceridad.

BENET. Usted me dirá.

CRANE. Creo haberle oído decir que está usted viviendo en casa de los Randolf. (Asentimiento de Benet.) ¿No ha oído hablar allá de los dueños de esta casa?

BENET. El otro día no sé por qué motivo hablaron delante de mí; en efecto, parece ser que los Copperfield son una antigua familia del país que con motivo de la guerra civil perdió por su fidelidad á la causa que defendía casi todo su patrimonio, siendo por esto muy querida y considerada de todos. Los padres parece ser que están en Europa, el señor según dijeron está muy enfermo.

CRANE. Los padres dice usted solos. ¿Y los hijos?

BENET. Parece ser que se han quedado.

CRANE. ¿No sabe cuántos son?

BENET. No le puedo decir. (Crane le presenta el retrato.) ¡Bonita muchacha! ¿Pero dónde he visto esta cara. (Al ver que Crane le mira y se ríe.) ¿De qué se ríe usted?

CRANE. De nada.

BENET. Ya sé, un retrato igual tiene Nelly Randolf dedicado á ella... espere usted... ¿qué nombre dice...? Olivia Copperfield, que creo es la menor de las hijas de los dueños de esta finca.

CRANE. ¿Y no le recuerda á nadie más?

BENET. (Mira atento.) Quiero hacer memoria... Sí... pero es imposible... No, no, es un absurdo. (Al ver reir á Crane) ¿Usted supone?

CRANE. Estoy seguro. Olivia y Mary son una misma

persona. Cómo la hija menor de los dueños de esta casa es nuestra cocinera, me resta sólo por averiguar.

BENET. (Sin dejar de mirar el retrato.) Es ella, no cabe duda. (Se oyen las bocinas de dos autos distintos.)

CRANE. (Se guarda el retrato y al ir á salir lo deja otra vez en la mesa.) Ahí están los autos, ya se han marchado los Bradford, lleven buen viaje.

RODOLFO. (Entra por el foro.) Ya están los autos de vuelta.

CRANE. Señor Weeck, parece ser que le he hecho á usted un gran favor nombrándole mi abogado.

RODOLFO. En efecto. Me ha puesto usted en camino de ser feliz, camino en el que me había perdido ya dos veces.

CRANE. Muy bien, y si yo le pidiera una confidencia, en cambio, ¿se negaría á facilitármela?

RODOLFO. Usted me dirá.

CRANE. Vamos al despacho, estamos más tranquilos para hablar. (Salen por el foro.)

OLIVIA. (Sale limpiándose la boca, se detiene para ello un instante detrás del biombo, ve que no hay nadie y pasa á quitar los licores. Ve de pronto el retrato y se queda anonadada, le coge y le mira.) ¡Mi retrato!

PABLO. (Por el foro se acerca á ella al verla pensativa.) ¿Qué te ocurre?

OLIVIA. (Le enseña el retrato.) Estamos perdidos. No nos hemos cuidado de quitar el retrato de la chimenea, lo ha cogido y lo debe haber estado mirando porque me le encuentro aquí.

PABLO. Mujer, puede que sea una apreciación tuya, hay mucha gente parecida.

ISABEL. (Sale de la cocina.) ¿Qué ocurre?

PABLO. Que se ha encontrado su retrato encima de esta mesa, nadie nos hemos acordado de quitarle.

ISABEL. ¿Y qué? ¿Que te pareces á él? Eso no tiene nada de particular. Si nos pregunta algo, con negar... Además, ¿no dices que se marcha ma-

ñana? Ande bendito de Dios. No te preocupes.

PABLO. Lo que empieza á preocuparme es no haber recibido cable de mamá.

OLIVIA. Yo no quería decir nada, pero no dejo de pensar en ellos, el de esta mañana venía retrasado, así es que ya debíamos tener otro. Te podías llegar en un momento al telégrafo, Pablo.

CARLOS. (Entra por el foro.) De allí vengo yo, no hay nada, han salido los mozos al reparto y como había sido la hora del relevo no había más que el telegrafista de guardia que no sabía si hay algo para nosotros. Me habéis guardado cena, supongo.

OLIVIA. Entra, que la tenéis preparada. (Salen por la cocina Pablo y Carlos.)

ISABEL. (A Olivia que se sienta pensativa.) ¿Sabes que Rodolfo va á escribir á los padres diciendo que se casa conmigo? Me lo ha dicho en un momento que se ha quedado solo.

OLIVIA. (Acariciándola.) ¿Qué te decía yo?

ISABEL. Y sueña con llevarnos á todos con él á New York; está más contento...

OLIVIA. Tú, ya estás colocada.

ISABEL. (Cogiéndola las dos manos y sonriéndose.) Y tú también, Olivia.

OLIVIA. ¿Qué dices?

ISABEL. ¿Desde cuándo tienes secretos para mí?

OLIVIA. ¿Yo secretos?

ISABEL. Aunque hablo poco y tengo otro carácter que el vuestro, me fijo en todo lo que ocurre á mi alrededor y he podido comprender que Crane si está metido en la cocina continuamente, no es por los guisos, es por la cocinera.

OLIVIA. No seas loca.

ISABEL. El dato mismo del retrato, lo prueba.

OLIVIA. (Coge el retrato y lo mira.) Si te he de ser franca esa idea se me ha aparecido varias veces

como posible, recogiendo detalles, pero temiendo acostumbrarme á ella me apresuraba á desecharla. Es imposible. Un millonario rodeadc de lo mejor de New York, que se le rifarán las mujeres más bonitas de allá... ¿iba á fijarse en su cocinera? Porque para él no soy más que su cocinera.

ISABEL. Pues en su cocinera se ha fijado, harto de fijarse en las mujeres hermosas de New York... Además, que en las novelas hay muchos casos de señores que, hartos de todo, acaban por casarse con su ama de llaves ó su cocinera.

OLIVIA. Tú lo has dicho, en las novelas.

CRANE. (Con un telegrama en la mano.) Señoritas, este telegrama que estaba debajo de la puerta de entrada, le he abierto y resulta que no es para mí. (Al oirlo Olivia se ha levantado instintivamente y alarga la mano.) ¿Ustedes saben dónde viven los hijos de los señores Copperfield? Viene dirigido á Pablo Copperfield.

OLIVIA. (Balbuceando.) ¿Y qué dice?

CRANE. (Lee.) «Padre fuera de peligro. Os abraza. Tened confianza, todo vá bien. Madre.»

OLIVIA. (Mira á su hermana y no puede hablar, se repone y dice á Crane.) Si tiene la bondad, Jack se lo llevará, estarán esperando esta noticia. Jack, Jack. (Temblona vá hacia la cocina donde la ha precedido Isabel.)

CRANE. (Muy serio desde donde estaba.) Olivia (Esta cogida de improviso vuelve la cabeza. Se acerca á ella.) Es inútil que finja por más tiempo, estoy enterado de todo, ese retrato me lo ha revelado todo, y el resto... mi abogado.

OLIVIA. (Con cierto orgullo.) Pues todo viene bien, señor Crane, su descubrimiento y su partida, porque una vez que sabe quienes son los que le han servido...

CRANE. En efecto, sólo me resta manifestarles mi ad-

miración por su comportamiento. La conducta de todos ustedes ha sido admirable.

OLIVIA. Gracias, señor Crane, pero el contrato...

CRANE. ¿El de la casa? Si le dijera que me parece barato y no quiero reembolso alguno, ¿que le parecería? Digo que me parece barato, porque por esos dólars he podido conocer de cerca algo que estaba muy lejos de imaginarme que existiera, una familia como debe haber muy pocas, una familia ante la cual me inclino respetuoso deseando que desde este momento me considere como su más sincero amigo. (Coge la mano de Olivia y la besa.)

OLIVIA. Señor Crane, es usted muy amable y en nombre de mis padres reciba su agradecimiento.

CRANE. Recibido. Ahora me marcho, señorita Olivia, y tenga la seguridad de que nunca, nunca se me olvidarán los ocho días pasados en su compañía; pero antes vamos á hacer una pequeña comedia. No se mueva. (Sale por el foro y cierra la puerta, dando unos golpecitos desde fuera; pasa un rato durante el cual Olivia no sabe lo que hacer.) Diga al menos ¿quién es? ¿No tiene interés por saber quien llama á la puerta de los Copperfield?

OLIVIA. (Sonriendo, pero sin saber donde vá á parar.) ¿Quién es?

CRANE. (Desde fuera.) Un pobre millonario que desea albergue en esta venerable familia. (Olivia empieza á comprender y está encantada.) ¿Qué contesta usted?

OLIVIA. (Balbuceando.) Adelante, señor.

CRANE. (Abre la puerta y se queda en el dintel.) ¿Me permite usted...?

OLIVIA. Pero señor Crane, ¿á qué viene esta farsa?

CRANE. Demasiado lo sabe usted, Mary. Un hombre cuando se acerca á una muchacha honrada, si no va con el fin de casarse con ella, debe seguir su camino. Esto me dijo mi cocinera

esta mañana, y teniéndolo muy presente me acerco á la señorita esta noche y la pregunto: Mary, ¿quiere usted ser mi mujer? (El biombo se va cerrando y pareciendo los tres hermanos arriba asombrados de lo que ven.)

OLIVIA. Comprenda usted que así de pronto... tenemos que conocernos... y si congeniamos...

CRANE. Han soportado ustedes al señor..., yo creo que al marido la ha de costar menos trabajo. Además, ya nos conocemos... desde hace ocho días. Cuanto más tiempo tarde en decidirse, tanto más se quita de felicidad.

OLIVIA. Tenemos que consultar á los papás.

PABLO. Yo en su nombre te doy el consentimiento. Señor Crane, con todos los respetos le digo al señor que se case, es una perla, y luego que se acomoda á todo, ya lo ha visto el señor.

CRANE. ¿Qué dice usted, Olivia?

OLIVIA. (Le dá la mano.) Si insiste en esa forma y mi hermano no opone inconveniente...

CRANE. Olivia, te quiero desde que te apareciste el primer día.

OLIVIA. Yo, desde antes, desde que alquiló usted la casa, porque ya entraba en ella haciendo un bien. Sólo por eso, le he tratado como á papá.

CRANE. (La va abrazando.) Cuando sepan en New York que me he casado con mi cocinera...

OLIVIA. ¡Lo que nos vamos á reir...! Pero, ¿qué hace usted, señor Crane?

CRANE. Lo corriente en estos casos, el abrazo de novios. (Los hermanos se quitan de encima del biombo y se asoman por un lado de él.) ¿No le parece bien?

OLIVIA. Los señores abusan algunas veces, veremos si lo compensan luego los maridos. (Por el foro aparecen Benet y Rodolfo, que al verlos, aplauden y se ríen como los hermanos.)

TELON

Precio, 3,50 pesetas.